

Abril de 1978 · Año 24 · Número 4

LIAHONA

LIAHONA Abrile de 1978 Año 24 Numero 4

GM
BOOK AREA
M205.5
L696s SPA
v. 24
1978

PUBLICACION DE LA IGLESIA DE JESU CRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ULTIMOS DIAS

© 1978 by the Corporation of the President of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved

LA PRIMERA PRESIDENCIA
Spencer W. Kimball
N. Eldon Tanner
Marion G. Romney

CONSEJO DE LOS DOCE APOSTOLES
Ezra Taft Benson
Mark E. Petersen
Delbert L. Stapley
LeGrand Richards
Howard W. Hunter
Gordon B. Hinckley
Thomas S. Monson
Boyd K. Packer
Marvin J. Ashton
Bruce R. McConkie
L. Tom Perry
David B. Haight

COMITE ASESOR
Gordon B. Hinckley
Marvin J. Ashton
L. Tom Perry
Marion D. Hanks
James A. Cullimore
Robert D. Hales

EDITOR DE LAS REVISTAS DE LA IGLESIA
Dean L. Larsen

REVISTAS INTERNACIONALES
Larry Hiller, Editor Gerente
Carol Larsen
Roger Gylling

EDITORA RESPONSABLE DE LIAHONA
Raquel R.V. Tokarz

COMPAGINADOR
Goff Dowding

INDICE

Les artes de acuerdo con el evangelio. *Spencer W. Kimball* 1
Si tuviereis amor . . . *Helen J. Selee* 5
Preguntas y respuestas. *H. Dean Garret* 9
Participacion: La clave del éxito para las noches de hogar. *Glen W. Harper* 11
Recibamos todas las cosas con gratitud. *Ezra Taft Benson* 14
Abriendo la puerta a un testimonio. *Theo E. McKean* 18
Las respuestas del evangelio a los problemas de la vida. *Neal A. Maxwell* 21
Misionero en el campo de concentración. *Melvin Leavitt* 25
« . . . ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes.» *William G. Dyer* 28
Una bendición del presidente Kimball. *Norman Vincent Peale* 33

Seccion para los niños

«Y los nueve, ¿ dónde están?» 1
Palito y yo. *Betty Lou Mell* 2
Experimento primo 4
El buen vecino. *Anobel Armour* 6
Serrín del templo. *Gertrude M. Richards* 10

Si el subscriptor desea qué se le haga el envio por correo aéreo, deberá pagar la diferencia en el costo del mismo. Sírvase solicitar su subscripción al representante de la revista en su barrio o rama de residencia. Cualquier cambio de domicilio debe comunicarse a dicho representante con treinta diás de anticipación. En este caso debe incluirse la etiqueta de la última revista recibida en la que aparecen nombre y dirección del subscriptor. Si su barrio o rama no cuenta con un representante, sírvase hacer su pedido a la estaca o misión correspondiente. Toda subscripción dentro de los Estados Unidos y Canadá debe solicitarse directamente a:

Church Magazines, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150, Second class postage paid at Salt Lake City, Utah;Franqueo de segunda clase, pago en Salt Lake City, Utah



Las artes de acuerdo con el evangelio

por el presidente Spencer W. Kimball

En nuestro mundo han nacido brillantes lumbreras. estrellas del drama, la música, literature, escultura, pintura, las ciencias y todos los campos de excelencia. Durante muchos años he tenido la visión de miembros de la Iglesia en un constante aumento de sus ya fuertes posiciones de excelencia, hasta que llegue el momento en que los ojos de todo el mundo se encuentren sobre nosotros.

Respecto a los grandes maestros, seguramente tenemos muchos en la Iglesia que se asemejan a la calidad de Wagner (1813-1883), en potencia, o que vendrán en el futuro; jóvènes con amor al arte, talento superior y deseos de crear. Espero que podamos tener hombres tan grandes como aquel gran compositor, pero menos excéntricos y más espirituales.

¿Quién de nosotros no se ha sentido encantado con "Aída" o "Il Trovatore", u otras de las obras maestras de Verdi? ¿Es que ya no puede haber otro Verdi o alguien aún superior a él?

¿No podemos encontrar y desarrollar a un Bach a quien, según dicen algunos músicos, la música, especialmente la de órgano y coral, debe casi tanto como una religión a sus fundadores?

Nuestros días, nuestra época, nuestro pueblo, nuestra generación, debería producirlos, si es que tenemos la total visión de nuestro potencial y soñamos con el futuro.

Brigham Young dijo: "Todo logro, todo talento refinado, todo conocimiento en matemáticas, música y todas las ciencias, debe ser patrimonio de los santos".

A medida que he ido visitando diferentes lugares donde la Iglesia se encuentra establecida, muchas veces me he deleitado con dulces y encantadoras voces. Creo que en las gargantas de esos fieles santos de hoy en día y del futuro, existen cualidades superiores, que debidamente entrenadas podrían igualar o sobrepasar a las voces de conocidos y famosos cantantes.

Los miembros de la Iglesia deberían ser iguales o superiores a otros en habilidad natural y capacitación. Además, tienen el Espíritu Santo que les proporciona la luz y verdad. Con cientos de "hombres de Dios", tenemos la base para un creciente, eficaz y digno grupo de talentos.

A un gran artista le preguntaron en cierta oportunidad, cual de sus producciones era la mejor. Su respuesta no se hizo esperar: "La próxima".

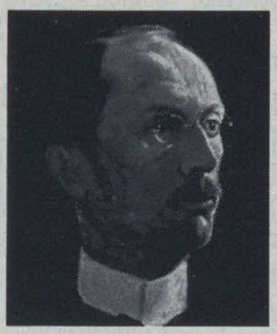
Si luchamos por alcanzar la perfección —lo mejor y más grande— y no nos conformamos con la mediocridad, podremos lograr la excelencia. En el campo de la composición y en el de la ejecución, ¿qué razón existe para que no pueda alguien escribir una obra más grandiosa que "El Mesías" de Handel? Lo mejor todavía no ha sido compuesto ni producido. Para una obra maestra, podría utilizarse el tema de la visita de Cristo a los nefitas; nuestros artistas podrían escribir y cantar Su espectacular retorno a América, lleno de poder y gran gloria; y sobre el establecimiento del reino de Dios en la tierra en nuestra propia dispensación. Ni Handel ni ningún otro compositor del pasado, presente o futuro, podría hacer justicia a este gran acontecimiento. ¿Cómo podría alguien transmitir en palabras o música las glorias de la venida del Padre y del Hijo y la restauración de la doctrina y las llaves del Sacerdocio? A menos que sea un inspirado Santo de los Ultimos Días, versado en la historia, doctrina y revelaciones, y con una rica habilidad musical, experiencia y capacidad, eso es imposible.

George Bernard Shaw, dramaturgo y crítico irlandés dijo: "Algunas personas ven cosas y se preguntan, ¿POR QUE?, pero yo sueño con cosas que nunca fueron y me pregunto, ¿POR QUE NO?"

Tenemos el ejemplo de Niccolo Paganini, violinista italiano (1782-1840) ¿Por qué no podemos descubrir, capacitar y presentar al mundo muchos Paganinis y otros grandes artistas? ¿No presentaremos ante el mundo musical a un pianista que sobrepuje al sorprendente poder de ejecución, la profundidad de expresión y sublimidad de nobles sentimientos, del notable pianista y compositor Liszt? Ya hemos dado algunos ejemplos de talentos del piano, pero tengo la secreta esperanza de vivir lo suficiente para oír y ver a otro tan grande como Paderewski, el estadista, compositor y pianista polaco. Es indudable que no todos los Paderewskis pueden haber nacido en Polonia en el siglo pasado. ¡Todos los grandes talentos con su sobresaliente y recreativa originalidad, con su vibrante poder y romántica apariencia, no se concentraron sólo en su cuerpo y sus manos. . . ! Ciertamente este notable pianista con su ardua y superbrillante carrera, no ha sido el último en nacer.

También nos preguntamos, ¿puede haber otro Miguel Angel? ¡Sí! Su esta-









tua de David en Florencia y de Moisés en Roma, nos impulsan a aclamar su obra. Pero, ¿desapareció acaso todo ese talento en aquel siglo? ¿Es que no podremos encontrar un talento viviente como aquél, pero con un alma libre de inmoralidad, sensualidad e intolerancia? Se ha dicho que muchos de los grandes artistas eran pervertidos o moralmente degenerados; a pesar de ello, se convirtieron en grandes y famosos artistas. ¿Cual sería el resultado si se hiciera un descubrimiento de talentos similares en hombres limpios y libres de vicios, y por lo tanto receptivos a las revelaciones?

Tenemos, por ejemplo, al famoso Shakespeare. Todo el mundo lo cita. Este poeta y dramaturgo inglés fue prodigioso en sus producciones; Hamlet, Otelo, El Rey Lear y Macbeth son solamente parte de las cuantiosas obras que produjo. ¿Ha habido alguien tan versátil, lleno de talento y notable en este arte?; y aún así, ¿es que puede haber solamente un Shakespeare en el mundo?

¡Cuánto necesita nuestro mundo de buenos estadistas! Y, de nuevo nos preguntamos junto con George Bernard Shaw, *¿Por qué no?* Tenemos la materia prima y podemos sobresalir en la capacitación; además contamos con un buen clima espiritual. Debemos capacitar estadistas, no demagogos; hombres de integridad, no alfeñiques que vendan sus derechos por un plato de potaje. Debemos desarrollar a nuestra preciosa juventud para que conozca el arte de gobernar, que conozca al pueblo y sus condiciones, que conozca situaciones y problemas; hombres que sean tan cuidadosamente capacitados en el arte de su futuro trabajo y en la honradez básica, integridad y conceptos espirituales, que sean capaces de rechazar las tentaciones a sus principios.

Durante años he esperado que alguien hiciera justicia y registrara la Restauración en música, historia, pintura y escultura; el restablecimiento del reino de Dios en la tierra; las luchas y frustraciones, las apostasías, luchas interiores y contrarrevoluciones de esas primeras décadas; que representaran el éxodo, las reacciones, las transiciones, los días de la persecución, el hombre del milagro, José Smith, de quien cantamos "¡Oh qué gozo en su pecho! Porque vió al Dios de luz". (*Oración del profeta,* No. 149.)

Nos sentimos orgullosos de la herencia artística que desde sus principios la Iglesia nos ha proporcionado; pero la historia completa del mormonismo nunca se ha escrito, ni se ha pintado, ni se ha plasmado en escultura, ni se ha relatado. Quedan por revelarse muchos corazones inspirados y manos habilidosas; éstos deben ser fieles, inspirados, activos en la Iglesia, para que puedan dar sentimiento y verdadera perspectiva a un tema tan digno. Tales obras maestras, deberían ser escritas por grandes artistas, pulidas por los mejores críticos, estar durante meses en las carteleras, ir a todas partes del mundo, en diversos idiomas.

Nuestros escritores, nuestros especialistas de cinematografía, con la inspiración de los cielos podrían producir una perdurable obra maestra. Nuestro propio talento, con el dinamismo de una causa, una meta digna, podría dar vida a la historia con sus emociones y pesares, amor y patetismo, drama, sufrimiento, miedo y valor; y podrían poner en ella al grande y poderoso líder, el moderno Moisés que llevó a su pueblo a través de una distancia mayor que de Egipto a Jericó, que supo de milagros tan grandes como el chorro de agua que brotó de la roca de Horeb, el maná del desierto, las uvas gigantes, la lluvia y las batallas vencidas con grandes desventajas.

Tomad a Nicodemo y poned en él el espíritu de José Smith, ¿qué tenéis? Tomad a Da Vinci o a Miguel Angel, o a Shakespeare, y dadles un conoci-

miento total del Plan de Salvación de Dios, y revelación personal; limpiadlos, y entonces, observad las estatuas que esculpirán, los murales que pintarán y las obras maestras que producirán. Tomad a Handel con su esfuerzo, su soberbio talento, su ferviente deseo de describir vivamente la historia, y dadle la profunda y entera visión de la misma, y la revelación, y ¡veréis qué maestro tendréis! Debemos reconocer que excelencia y calidad son el reflejo de nuestros sentimientos con respecto a nosotros mismos y con respecto a Dios. Si no nos importan mucho los elementos básicos, la despreocupación se deja sentir en lo que hacemos y nuestro trabajo es inferior en cantidad y calidad.

Una verdadera artesanía, sin implicar la habilidad, es el resultado de un interés real, y un interés real refleja nuestra actitud hacia nosotros mismos, hacia nuestro prójimo y hacia la vida.



"Si tuviereis amor . . ."

por Helen J. Selee

Tenemos que haber presentado un aspecto patético: yo, con mi *mu-mu**hawaiano y guirnaldas de flores marchitas colgadas al cuello a la manera de collares, y mis tres cansados hijos, todos pequeños, el mayor con apenas cinco años. Eran las dos y treinta de la madrugada; el aeropuerto de San Francisco estaba casi desierto. Me sentí completamente perdida y tan, pero *tan* sola . . .

Me acerqué a un empleado que vi detrás de un mostrador y le pregunté si la ciudad estaba muy lejos de allí; él me dijo que el último ómnibus que iba a San Francisco estaba a punto de salir, y que si me apuraba quizás lo alcanzara; me ayudó con el equipaje e hizo detener el ómnibus que ya partía. Ni siquiera tuve tiempo de darle las gracias antes de que nos pusiéramos en camino.

La estación de ómnibus estaba cerrada y oscura cuando llegamos y mientras todos los demás pasajeros desaparecían de mi vista, el vehículo vacío también se alejó dejándome con mis tres niñitos, cuatro maletas y dos pequeños baúles, parada en una acera, en algún lugar de San Francisco del cual no tenía yo la menor idea.

Ya comenzaba a sentirme aterrada, cuando vi salir de la estación a un conserje, que cerró la puerta con llave; le pregunté si me podía indicar dónde encontrar un teléfono para llamar un taxi o decirme si había algún hotel cerca de allí. Afortunadamente, conocía un limpio hotel que estaba seis cuadras, y se ofreció a sacar de la estación un carrito especial para ayudarme a transportar mi equipaje hasta el hotel. A las cuatro de la mañana,

con los niños ya dormidos, me hundí exhausta en un profundo sueño.

Los dos días siguientes los dedicamos a descansar y aflojar la tensión nerviosa... tanto como fue posible en aquellas circunstancias; comíamos en un restaurante cercano y pasábamos horas en un pequeño parque que estaba a dos cuadras del hotel. Los niños jugaban y corrían completamente despreocupados; y yo me sentía agradecida de que fueran demasiado pequeños para comprender nuestra situación.

Hasta entonces, habíamos vivido en Hawaii con mi esposo, que era aprendiz de ministro en una pequeña iglesia. El creía firmemente en la escritura de Proverbios que dice: "Los azotes que hieren son medicina para el malo, y el castigo purifica el corazón" (20:30); y por ello, los niños estaban constantemente sujetos a tales abusos físicos, hasta que llegó un momento en que no pude ya soportarlo más. Al hacerse los castigos cada vez más severos, supe que mi deber como madre era protegerlos de aquella tortura. Por lo tanto, después de meditar y orar mucho, decidí que no me quedaba otro camino que abandonar a mi marido y tratar de buscar otro tipo de vida para mis hijos.

Mis padres vivían en los Estados Unidos, pero me era imposible ir a vivir con ellos; aparte de que su situación económica no les permitiría ofrecerme refugio, mi padre había sufrido un ataque cerebral recientemente, y no estaba en condiciones de tener niños a su alrededor. Yo no conocía a nadie en las proximidades de San Francisco, y jamás me había sentido tan sola y abandonada. El hecho de que los pequeños me necesitaban, era lo único que me daba fuerzas para continuar.

Al llegar el tercer día, tuve que tomar algunas decisiones respecto a nuestro futuro. Ignoraba qué parte de la ciudad sería mejor para vivir; no sabía por dónde empezar a buscar trabajo ni tampoco qué hacer con los niños mientras yo estuviera trabajando. Me hubiera sido imposible tratar de encontrar alguien que los cuidara por medio de los avisos en los diarios; no hubiera podido confiarlos a una persona desconocida. Pero también sabía que si nos quedábamos en el hotel mucho más, gastaría el poco dinero que tenía y entonces estaríamos en dificultades aún mayores.

Llamé por teléfono a tres ministros de nuestra iglesia, y al hablar con ellos les aseguré que no era ayuda monetaria lo que quería, sino solamente consejo. Cada uno de ellos me hizo la misma pregunta: "¿Pertenece usted a nuestra iglesia?" Y en cada caso respondí honestamente que me encontraba tan decepcionada y confusa en aquel momento, que ni siquiera sabía si tenía interés en ninguna iglesia. Y cada uno me dio la misma respuesta: que no podían ayudarme, pues tenían demasiadas personas de su misma religión que necesitaban también ayuda. Mi desaliento aumentaba por momentos, y ya no sabía hacia dónde volverme en procura de ayuda.

Al salir de Hawaii, algunos amigos habían ido a despedirme, y uno de ellos, un mormón inactivo, en el momento de la despedida me había dicho: "Si alguna vez te encuentras en dificultades y necesitas ayuda, llama a la gente de mi Iglesia. Ellos te ayudarán".

Yo no sabía absolutamente nada de los mormones, excepto que tenían un coro en un tabernáculo, y que era muy hermoso. No me gustaba la idea de pedir ayuda a nadie, y menos aún a una iglesia totalmente desconocida

para mí; pero me encontraba en una situación desesperada, y no parecía quedarme otra alternativa.

Buscando en la guía telefónica encontré una cantidad interminable de números de la Iglesia Mormona, de entre los cuales elegí uno registrado bajo el nombre "Casa de la misión"; por algún motivo, al ver la palabra "misión", pensé que allí encontraría personas más compasivas. Contestó el teléfono un joven que se identificó como un "élder", y le dije más o menos lo mismo que les había dicho a los ministros religiosos; en resumen, que no andaba en busca de dinero, sino de consejo. El me respondió que, siendo él mismo bastante nuevo en la zona, le sería imposible orientarme, pero que si le dejaba mi nombre y número de teléfono, haría que alguien más me llamara. Cuando colgué el tubo, tenía la sospecha de que no volvería a oír nada de ellos.

Mas, para mi gran sorpresa, unos diez minutos más tarde me llamó una señora muy amable, que escuchó pacientemente mi relato y me dijo que ciertamente se veía que necesitaba ayuda. Me dijo que reuniera mi equipaje, llamara un taxi y me encontrara con ella en una estación de ómnibus al cabo de media hora. Después de describir su automóvil y la ropa que usaría, para que pudiera reconocerla, me preguntó:

—A propósito, ¿es usted miembro de la Iglesia?

¡Empezamos otra vez!, pensé. Pero le contesté simplemente que no.

—No tiene importancia —me dijo ella— Pregunté sólo por curiosidad. Nos veremos dentro de media hora, entonces.

Me apresuré a reunir mis posesiones, vestí a los niños, pagué el hotel y me dirigí hacia el lugar donde debía reunirme con la desconocida. Estaba sorprendida y no podía evitar ciertas dudas, ante la buena voluntad de aquella mujer para ayudar a una persona completamente extraña; pero había llegado a un punto en que estaba dispuesta a aprovechar cualquier favor que me ofrecieran.

Después de saludarnos, su primer paso fue invitarnos a almorzar. Mientras hablábamos me dijo que el nombre de su esposo era O. Leslie Stone, y que él era presidente de estaca*, lo cual no tenía para mí ningún significado. Después, nos llevó a una casa donde alquilaban cuartos, y, luego de dejarnos instalados, se fue prometiendo conseguirme una persona que me cuidara los niños mientras yo estuviera trabajando. Y todo, *después* que yo le había recalcado varias veces cuán decepcionada estaba de todas las iglesias, y le había asegurado que me sería muy difícil cambiar de idea.

A ella no parecía molestarle mi antagonismo; tampoco trató de convertirme, ni me criticó por mi actitud. Hasta me dio la impresión de que actuaba como si yo le estuviera haciendo un favor al permitirle que me ayudara. A raíz de esto, un versículo de la Biblia empezó a venirme a la memoria una y otra vez:

"En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros." (Juan 13:35.)

Durante los días siguientes la hermana Stone (así me hacía llamarla), me visitaba diariamente. Me consiguió una mujer de su iglesia para que me cuidara los niños; también me ayudó a mudarnos a un pequeño apartamento amueblado, y me dio el nombre de un hombre que podría darme trabajo temporario. Pero no trató de predicarme su religión y esto me asombraba. La escritura continuaba

volviendo a mis pensamientos... "si tuviereis amor los unos por los otros"...

En el apartamento encontré un librito mormón titulado "Artículos de Fe", por un señor James Talmage. Nunca llegué a saber si la hermana Stone lo había dejado allí, o si se le habría olvidado al inquilino anterior. De todas maneras, después que los niños se dormían, lo leía; no porque me interesara, sino porque no tenía nada mejor que hacer.

Durante aquellas primeras semanas, no pasó ni un sábado sin que la hermana Stone me preguntara si desearía ir a la Iglesia con ellos el domingo. Al recibir mi negativa, ella no insistía; pero continuaba preguntándome regularmente. Al mismo tiempo, yo me hallaba cada vez más absorbida en la lectura del libro; a pesar de haber estudiado la Biblia toda mi vida, nunca había oído conceptos como los que encontraba en él. La mayor parte de lo que leía, o me planteaba interrogantes, o estaba en completo desacuerdo con mis propias ideas; por lo tanto, adquirí la costumbre de escribir notas sobre aquellos puntos.

Uno de los sábados en los que la hermana Stone reiteró su invitación, aunque todavía la rechacé, le dije que tenía algunas preguntas al respecto y que me gustaría que me enviara a uno de sus ministros para discutirlas con él. A los pocos días me visitó un matrimonio; se presentaron como "misioneros de estaca" y me dijeron que habían ido para contestarme las preguntas que tuviera. Con actitud desafiante, llevé mi material que consistía en siete páginas, y les dije que si ellos podían contestar aquellas preguntas, estaría dispuesta a escuchar cualquier otra cosa que quisieran decirme. El hermano me respondió que estaban seguros de que él no podría contestarlas todas, pero que tendría mucho gusto en buscar las respuestas lógicas y razonables, por medio de su Iglesia.

Gracias a la paciencia y el cariño de aquellos hermanos, finalmente llegué al punto en que estaba dispuesta a orar para saber si lo que me habían enseñado era verdad o no; consentí en ir a la Iglesia con ellos, y algún tiempo después, me bautizaba.

Aquello sucedió hace muchos años. Después, volví a casarme, y tuve más hijos. Actualmente, muchas veces en la reunión sacramental, mientras observo a uno de mis hijos que acaba de bendecir el sacramento y a otro, que lo está sirviendo; y cuando veo cómo progresan ellos y como crecen su fe y su testimonio, mis pensamientos se vuelven hacia las muchas personas que se han unido a la Iglesia, porque los que predicaban el evangelio eran diferentes al resto de la gente; y también pienso en todos nuestros antepasados muertos que, gracias a ellos, podrán recibir las ordenanzas salvadoras mediante la obra genealógica.

Y, más que nada, recuerdo a la buena hermana y al amable matrimonio quienes, entre el ejército de santos del Señor, continúan sirviéndolo a El mediante el dedicado y afectuoso servicio a su prójimo. Muchas veces me he preguntado si alguna vez podré pagar a aquella gente todo el amor que volcaron en una persona tan rebelde como yo. Y la respuesta surge en mi mente en forma clara y sonora:

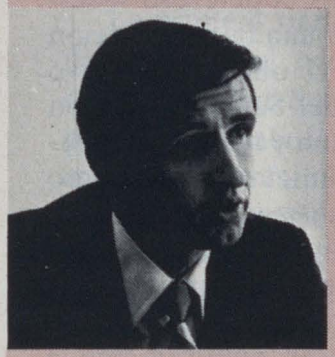
"Vé, y haz tú lo mismo." (Lucas 10:37.)

**Mu-mu:* Prenda de vestir, típica de los polinesios y hecha de tela de colores brillantes.

*El élder Stone es actualmente miembro del Primer Quórum de los Setenta.

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamento de doctrina de la Iglesia.

Preguntas y Respuestas



¿Debo apoyar con mi voto a alguien propuesto para ocupar una posición en la Iglesia, aunque por cualquier razón pensara que no sería un buen líder? ¿Qué sucedería si no le apoyara?

En una revelación dada a José Smith, Oliverio Cowdery y John Whitmer, en julio de 1830, el Señor dió las siguientes instrucciones:

"Se harán todas las cosas de la Iglesia de común acuerdo, con mucha oración y fe, porque recibiréis todas las cosas por la fe." (D. y C. 26:2.)

En una revelación previa sobre el gobierno de la Iglesia, dada en abril de 1830, el Señor indicó:

"A ninguna persona se deberá conferir oficio alguno en esta iglesia donde exista una rama de la misma debidamente organizada, sin el voto de dicha rama." (D. y C. 20:65.)

El élder Joseph Fielding Smith, explicó las implicaciones de esas revelaciones diciendo:

"Ningún hombre puede presidir en ningún oficio en esta Iglesia sin el consentimiento de los miembros. El Señor nos ha dejado la responsabilidad de sostener por medio del voto a aquellos que han sido llamados a posiciones de responsabilidad. Ningún hombre, si los miembros deciden lo contrario, puede presidir en ninguna posición de la Iglesia; y no es derecho de los miembros nombrar y escoger, porque esa es atribución del Sacerdocio." (*Doctrines of Salvation,* 3:123.)

El presidente Smith también indicó que una persona debería tener mucho cuidado en presentar un voto negativo, y que el mismo no debe nunca ser motivado por razones personales. El declaró:

"No tengo el derecho de levantar mi mano en oposición hacia un hombre señalado para ocupar cualquier puesto en la Iglesia, por el sólo hecho de que no me guste, o por cualquier diferencia o sentimiento personal que pueda yo tener, sino solamente en base de que sea culpable de algo o porque haya transgredido las leyes de la Iglesia, lo cual le descalificaría para la posición a la que es llamado." (*Doctrines of salvation.* 3:124.)

Sin embargo, aun así el Señor ha dado a cada persona el derecho y la responsabilidad de votar a conciencia. Si una persona da un voto negativo, tiene la responsabilidad de explicar en privado la razón de ese voto negativo al oficial presidente, el cual determinará la validez del mismo y si la persona en cuestión podrá servir en la posición a la que fue inicialmente llamada.

Debemos recordar que, bajo circunstancias adecuadas, es el Señor quien inspira el llamamiento de una persona para servir en la Iglesia y que el oficial presidente actúa como Su agente al efectuarlo; por lo tanto una persona, debería pensar y orar muy cuidadosamente antes de decidirse a votar negativamente. Sin embargo, es derecho de cada miembro saber por sí mismo, por medio de la inspiración y revelación, que las decisiones del oficial presidente están en armonía con los designios y la opinión del Señor. Cada miembro de la Iglesia puede obtener esa seguridad.

Puede haber oportunidades en que una persona tenga dudas referentes a la habilidad o calificación de alguien llamado a una posición de responsabilidad en la Iglesia. Un conocido mío aprendió una vez una gran lección al respecto. Años atrás, como supervisor de maestros de su barrio, tuvo un problema motivado por el modo en que uno de ellos llevaba a cabo sus obligaciones. El supervisor tuvo que tomar el lugar del maestro durante seis meses consecutivos. Una tarde, en una reunión sacramental, se solicitó que se apoyara a este hombre para ser miembro del obispado; mi amigo tuvo que luchar consign mismo para saber si debía sostener a un hombre que no había cumplido con sus obligaciones como maestro de barrio y que además sentía que no tenía las cualidades necesarias para ser un buen miembro del obispado. Finalmente, aunque reluctante, dio un voto afirmativo. Durante los meses sucesivos el perezoso maestro de barrio tomó una buena posición en su puesto en el obispado y llevó adelante la obra del Señor; sirvió con éxito en esa posición y más tarde lo hizo como obispo, miembro del Sumo Consejo y posteriormente como consejero en una presidencia de estaca.

El hecho de apoyar a una persona implica una sagrada responsabilidad que permite indicar públicamente a los miembros de la Iglesia su conformidad para que el miembro presentado para un cargo, pueda tomar posesión del mismo.

Como dijo el presidente Lee:

"Cuando votáis afirmativamente, hacéis un solemne convenio con el Señor de apoyar, es decir de dar vuestra total ayuda y lealtad, sin subterfugio ni reserva al oficial por quien votáis." (*Conference Report*, abril de 1970.)

La práctica de la ley del común acuerdo, nos permite, como miembros de la Iglesia, evaluar nuestra posición y poner nuestro pensamiento y compromiso de acuerdo con el del Señor. El presidente Charles W. Penrose, lo expresó del siguiente modo:

"El Todopoderoso designó en la organización de esta Iglesia, que la voz del pueblo respondiera a la voz del Señor. Es la voz del Señor conjuntamente con la voz del pueblo la que sanciona todas las cosas que aquí se llevan a cabo." (*Journal of Discourses*, 21:45.)

H. Dean Garret, Director del Instituto de Religión de Holbrook, Arizona

PARTICIPACION:
La clave del éxito para las noches de hogar

por Glen W. Harper

Desde el momento que terminamos de cenar, aun hasta cuando los padres se van a acostar, la noche de hogar en nuestra casa es algo mágico, el punto culminante de la semana. ¿Por qué? porque en lugar de utilizar solamente el manual, utilizamos los lunes por la noche como el centro de nuestras actividades familiares.

La primera parte de nuestra noche de hogar es el *consejo familiar.* Nos reunimos alrededor de la mesa, con el padre a la cabeza, y discutimos los asuntos de la familia. Aun con nuestros hijos más pequeños, ésta es una reunión bastante seria y productiva; es el momento en que hacemos cualquier anuncio de importancia a los miembros de la familia y discutimos y alabamos cualquier logro efectuado por ellos durante la semana.

En dicho consejo también discutimos planes familiares, incluyendo metas de largo alcance, tales como el viaje que efectuaremos dentro de algunos meses, así como planes de corto alcance, por ejemplo, los quehaceres domésticos o un paseo que haremos el día sábado.

La segunda parte de nuestra noche de hogar es la lección misma. *Todos* nos reunimos, incluyendo los bebés, y efectuamos cantos y oraciones, así como una lección en la cual todos los miembros de la familia (los que son capaces de hacerlo) toman parte.

La tercera parte de nuestra noche de hogar comienza cuando los hijos se



han ido a acostar. Es cuando mi esposa y yo disponemos de una hora o más antes de acostarnos para escribir cartas, conversar, hacer genealogía y discutir problemas y planes familiares en los que los hijos aún no pueden participar; en una palabra, un período para los adultos.

Este programa de tres partes nos permite la oportunidad de involucrar a nuestros hijos en los asuntos y decisiones familiares en los cuales estén listos para expresar su opinión; ofrecerles una oportunidad de enseñar la lección, servir el refrigerio, dirigir la música, y así sucesivamente; y luego nos permite cierto tiempo para discusiones y actividades para adultos, lo cual mi esposa y yo necesitamos tanto como ellos necesitan su parte en el programa. Y a medida que los hijos crezcan, debemos imaginarnos que llegará el tiempo en que, al ir alcanzando madurez, serán capaces de participar también en la parte dedicada a los adultos durante esa noche.

Al igual que todos, hemos tenido nuestros problemas con niños inquietos durante buenas, pero largas lecciones; pero ese constante movimiento es simplemente el resultado de su deseo de ser activos. De manera que elaboramos una gráfica de la cual alternamos cada semana, con seis asignaciones relacionadas a la Noche de Hogar: himno de apertura, primera oración, lección, última oración, refrigerio y juego o actividad. A medida que los hijos crezcan lo suficiente para tomar una parte activa se añadirán más asignaciones a la gráfica a fin de que todos tengan una parte importante que desempeñar.

Tenemos en nuestra sala un "lugar de actuaciones"; cualquiera que se encuentre allí, ya sea dando la lección, orando o dirigiendo la música, es el centro de atención. A los niños les encanta estar allí, y más aun, a causa de que es tan importante el estar en ese lugar, preparan muy cuidadosamente su asignación a fin de asegurarse de que la desempeñarán de la mejor manera posible.

A nuestra familia le encantan las sorpresas, de modo que las lecciones, el refrigerio y las demás preparaciones se hacen en secreto.

El primer himno es frecuentemente uno que el niño apenas acaba de aprender en la Primaria o la Escuela Dominical de Menores, así que lo cantamos varias veces hasta que todos lo aprenden. Y aun los más pequeñitos cantan con entusiasmo.

Utilizamos el manual en la preparación de nuestras lecciones porque las ideas que da son muy valiosas, pero nunca *leemos* del libro. En lugar de ello, la preparación para una lección comienza tan pronto como la última lección se ha presentado. Empezamos a inculcar a nuestros hijos a que presenten las lecciones cuando tienen aproximadamente dos años de edad, aunque esto varía con cada uno de ellos. Al principio, uno de nosotros tiene que ayudarlos bastante, pero para cuando llegan a los cuatro años de edad por lo general pueden presentar la mayor parte de las lecciones por sí mismos.

Naturalmente, a los cuatro años de edad, o a los dos, los niños no pueden leer, de manera que nosotros, los padres, leemos primeramente la lección con mucho cuidado, para ver cuáles conceptos los niños podrán comprender. Hemos aprendido a tener cuidado en no menospreciar sus habilidades; muchas veces pueden comprender más de lo que pensamos.

Luego relatamos todas las anécdotas a aquel que esté asignado para pre-

sentar la lección. Si desea que alguno de sus hermanos le ayude con algo, lo discute con nosotros. Si damos nuestra aprobación, se hacen asignaciones; luego le ayudamos a coleccionar sus ayudas visuales.

Utilizamos un sencillo lenguaje visual para bosquejar sus lecciones, el cual utilizan como recordatorio al presentar sus lecciones. Por ejemplo, un signo de interrogación significa que deberán hacer una pregunta que se aprendió previamente. Un pequeño dibujo de un libro abierto significa que deben relatar una anécdota; estas sugerencias pueden ser más complejas a medida que los niños crecen.

Naturalmente que esto requiere mucho tiempo durante la semana, no tanto en largos intervalos de tiempo, sino en cortos recordatorios y sesiones de quince minutos con cada uno de ellos. No obstante, esa preparación es parte de lo que causa que los hijos se encuentren tan emocionados acerca de las noches de hogar que tenemos los lunes por la noche y nunca los pillan de sorpresa, pues durante toda la semana han estado trabajando arduamente para ese momento.

Y lo sorprendente es que sólo se requieren dos o tres veces para repasar una anécdota y que el niño la aprenda de memoria, por lo menos lo esencial de la misma. No nos encontrábamos preparados para el rápido aprendizaje de nuestros hijos; se requiere tiempo para acostumbrarse, pero cuando permitimos y ayudamos a nuestros hijos a que utilicen sus mentes de esta manera, es asombroso ver cuánta confianza obtienen, y cuán rápidamente empiezan a buscar otras oportunidades para aprender.

Y cuando el niño que presenta la lección se encuentra al frente de la familia, con solamente el bosquejo de la lección en la mano, hemos descubierto que es una buena idea que lo dejemos desenvolverse solo. Si el que presenta la lección se olvida lo que cierto símbolo significa, simplemente lo alentamos a que lo estudie hasta que lo recuerde. Hemos descubierto que si rápidamente ofrecemos ayuda con recordatorios, empiezan a esperar esa ayuda y a solicitarla, aun cuando en realidad no la necesiten. Pero cuando se acostumbran a confiar en su capacidad, descubren que en realidad *poseen* la habilidad para lograr las cosas por sí mismos.

Esa es, creo yo, la clave para el éxito de nuestras noches de hogar con niños pequeños. Brindamos la menor ayuda posible; no obstante, les ofrecemos cuanta ayuda sea necesaria. Creemos que lo más importante es el proceso, no el resultado; de modo que, ¿qué importa si el niño no presenta una lección en una forma tan experta como las de la Escuela Dominical? Lo que realmente importa es que tenga la experiencia de preparar una lección y de presentarla. Y luego viene la sorpresa: no transcurre mucho tiempo antes de que esas lecciones, himnos, refrigerios, oraciones y juegos, alcancen las características de madurez de las que presentan personas de más edad.

Eso es lo mágico de nuestras noches de hogar: que los niños participen y haciéndolo, disfruten de cada minuto de esa noche.

Y, quizás de igual importancia, es que mi esposa y yo no tenemos una noche de hogar *simplemente* para los pequeños; nosotros también tenemos necesidades que únicamente una actividad así puede llenar. De este modo, nuestras noches de hogar de tres fases, hacen que los lunes por la noche sean algo muy especial para *todos*.

Recibamos todas las cosas con gratitud

por el presidente Ezra Taft Benson
Presidente del Consejo de los Doce



Acude a mi mente un pasaje que se encuentra en Doctrinas y Convenios, el cual utilizaré como tema para este artículo:

"Y el que recibe todas las cosas con gratitud, será glorificado; y le serán añadidas las cosas de esta tierra, aun cien veces, sí, y más." (D. y C. 78:19.)

No recuerdo haber escuchado citar dicho pasaje; es hermoso. En la sección 59 de Doctrinas y Convenios se encuentra una importante declaración:

"Darás las gracias al Señor tu Dios en todas las cosas.

Ofecerás un sacrificio al Señor tu Dios en justicia, aun el de un corazón quebrantado y un espíritu contrito." (D. y C. 59:7-8.)

Luego el Señor continúa hablando acerca del día de reposo.

"Y para que te conserves más limpio de las manchas del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo . . ." (D. y C. 59:9.)

Al concluir esa declaración respecto al día de reposo, agrega:

"Y si hacéis estas cosas con acción de gracias, con corazones y semblantes alegres . . .

De cierto os digo, que si hacéis esto, la abundancia de la tierra será vuestra, las bestias del campo y las aves del aire, y lo que trepa a los árboles y anda sobre la tierra;

Sí, y la hierba, y las cosas buenas que produce la tierra, ya sea para alimento, o vestidura, o casas, o alfolíes, o huertos, o jardines, o viñas;

Sí, todas las cosas que de la tierra salen, en su sazón, para el beneficio y el uso del hombre son hechas tanto para agradar la vista como para alegrar el corazón;

Sí, para ser alimento y vestidura, para gustar y para oler, para vigorizar el cuerpo y animar el espíritu.

Complace a Dios el haber dado todas las cosas al hombre; porque para este fin fueron creadas, para usarse con juicio, mas no en exceso, ni por extorsión."

Luego viene esta amonestación:

"Y en nada ofende el hombre a Dios, o contra ninguno está encendido su enojo, sino aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas, y no obedecen sus mandamientos." (D. y C. 59:15-21.)

Se dice que en una ocasión el profeta José dijo que uno de los pecados más grandes que podrían cometer los Santos de los Ultimos Días, era el pecado de la ingratitud. Me imagino que la mayoría de nosotros no lo hemos considerado como un pecado tan serio. Existe una gran tendencia en

nuestras oraciones, en nuestras súplicas al Señor, de rogar bendiciones adicionales; pero pienso que algunas veces deberíamos dedicar más nuestras oraciones a expresiones de gratitud y de agradecimiento por las bendiciones que ya hemos recibido. Naturalmente, necesitamos las bendiciones diarias del Señor; pero si en algo pecamos con respecto a la oración, creo que es en nuestra falta de expresiones de agradecimiento por las bendiciones que el Señor nos da.

El presidente Brigham Young pronunció casi la misma amonestación que el profeta José: que éste sería uno de los pecados más grandes para los Santos de los Ultimos Días; y no creo que sea a causa de que seamos más desagradecidos que otra gente, sino porque tenemos mucho más por lo que debemos expresar gratitud.

Como Santos de los Ultimos Días, damos por sentado el derecho a estas bendiciones; me imagino que no las consideramos como algo particularmente especial.

A fines de la Segunda Guerra Mundial, me encontraba en mi oficina en Salt Lake City cuando recibí una llamada telefónica de un hombre que vivía en Nueva York, un multimillonario que a los treinta años de edad, ya había acumulado treinta millones de dólares. Tenía un hijo en un campo militar localizado en las afueras de Salt Lake City; aquel joven había esperado ser enviado allende el mar, tal como muchos otros; pero la guerra concluyó de manera que fueron enviados a ese campo, donde estaban como sardinas enlatadas. El muchacho se encontraba desalentado, y su padre se preocupaba por él; por eso había decidido llamarme.

—¿Me haría el favor de llamarlo por teléfono y ver si lo puede alegrar un poco?— me preguntó.

Le respondí:

—Por supuesto, me encantaría.

Así lo hice y, después de presentarme le pregunté:

—¿Le gustaría venir a mi oficina para conversar un poco?

A lo cual me contestó:

—Claro que sí.

Se demoró un poco en llegar, y cuando llegó yo ya estaba preparándome para irme a casa. Así que le pregunté:

—¿Le gustaría acompañarme a casa y cenar con mi familia? Aunque no le he avisado a mi esposa, estoy seguro de que estará encantada.

—No podría pensar en una forma mejor de pasar la velada —me replicó.

De manera que nos fuimos, cenamos y oramos. Después nos reunimos alrededor del piano y nos divertimos cantando canciones; y por último, luego de conversar un rato, le llevé a la estación de autobuses. Después de unos días recibí una carta de su padre, y por su contenido, uno pensaría que le había salvado la vida a ese joven. El padre mencionaba una carta que había recibido de su hijo en la cual éste le había dicho:

"Padre, no tenía idea de que existiera en el mundo gente que vive de esa manera."

Sí, todo lo damos por sentado. Allí tenía a un hombre que poseía millones de dólares, que le podría comprar a su hijo cualquier cosa que el dinero pudiera adquirir, y sin embargo, el simple hecho de ofrecer una oración y la devoción que había en nuestro hogar, ellos lo habían pasado por alto.

Es necesario que seamos más agradecidos. Creo que no existe un verdadero carácter sin la gratitud. Tener sentimiento de aprecio y gratitud por

las bendiciones que se poseen, es una de las indicaciones de un verdadero carácter. Necesitamos más de ese mismo espíritu en nuestros hogares, y en nuestras asociaciones diarias en la Iglesia por doquier. No cuesta nada; es tan fácil cultivar el espíritu de agradecimiento . . . Y es asímismo de fácil estar insatisfecho y envidiar a otras personas . . .

Recuerdo que una noche aprendí una lección en un pequeño barrio en Idaho, mientras me encontraba viajando para la Universidad de Idaho. Viajé por ese maravilloso estado por ocho años; he estado en cada pueblo y condado del mismo; no era raro que algunas veces me ausentara por dos semanas. Luego llegaba a casa, y como era oficial de estaca, me daba un baño, me cambiaba de ropa y me iba a las reuniones de la estaca. Mi esposa solía decirme: "Cuando no estás viajando, estás en reuniones". En una ocasión cuando sucedió esto, una de mis hijitas salió a la puerta a despedirme y exclamó: "¡Ven a visitarnos otra vez, papi!"

Extrañaba a mi familia, y en esta ocasión particular me encontraba en Pocatello, Idaho, un día domingo. Al recordar a mi familia, que estaba tan lejos, pensé: *"Iré hasta Whitney para ver si me es posible asistir al servicio sacramental y renovar mi amistad con algunas de las maravillosas personas de ese lugar".*

De manera que viajé hasta ese lugar y llegué precisamente en el momento en que la reunión estaba para principiar y el obispo entraba en la capilla.

Me invitó a sentarme con él; tenía la costumbre de subir al estrado y sentarse allí diez minutos antes de que comenzara la reunión, de esta manera podía ver llegar a la gente. Sus consejeros se paraban en las entradas, para recibir a los que llegaban. Mientras me encontraba sentado allí, observé a los que iban entrando; grupos familiares formados por el padre, la madre y los hijos; conocía a casi todos ellos, y al conocer a los padres me era fácil identificar a los hijos, puesto que estaban juntos.

La reunión dio principio, y el consejero que estaba dirigiendo me pidió que dijera unas palabras. Mientras se iba desarrollando la reunión, había pensado varias veces, *"¿No sería maravilloso que cada domingo pudiera estar en casa e ir a la Iglesia con mi familia? ¡Qué hermoso sería!"*

Y sin embargo, cuando el consejero me presentó, dijo: "Hermanos, sería maravilloso si todos tuviéramos un trabajo como el del hermano Benson. El continuamente está viajando por nuestro hermoso estado". Y yo no pude menos que pensar: *"Sí, cuán cierto es; las bendiciones de los demás siempre nos parecen mejores que las nuestras".*

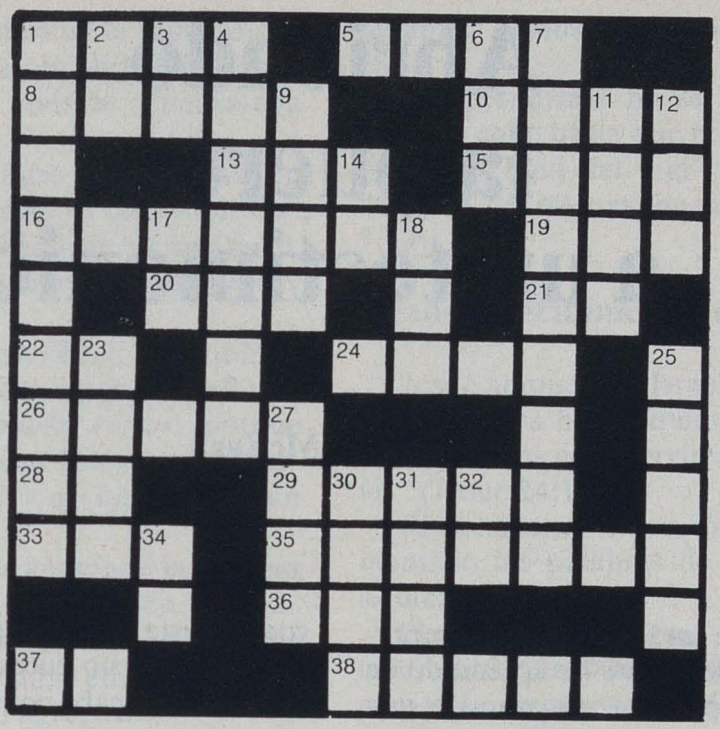
Espero que podamos ser felices donde nos encontremos, que estemos agradecidos por nuestras bendiciones, ahora, aquí, aceptando el desafío que tengamos y no envidiando a los demás.

Que Dios nos ayude a ser agradecidos. Alguien ha dicho que una persona desagradecida es semejante a un cerdo que se encuentra bajo el manzano comiendo la fruta, sin mirar hacia arriba para ver de dónde viene. ¿Elevamos nuestra vida para ver de dónde vienen nuestras bendiciones?

Dios nos ayude para que nunca seamos culpables del pecado de la ingratitud.

"Y el que recibe todas las cosas con gratitud, será glorificado; y le serán añadidas las cosas de esta tierra, aun cien veces, sí, y más." (D. y C. 78:19.)

CRUCIGRAMA por Fernando Caballero



HORIZONTALES:

1.-Pastor de ovejas, hijo de Adán. (Génesis 4:2.)
5.-Esposo de Rut la Moabita. (Rut 4:13.)
8.-Transgredir.
10.-Libro del Antiguo Testamento entre Oseas y Amós.
13.-Oxido de calcio.
15.-Rezad, suplicad.
16.-Autor de los Proverbios e hijo del Rey David.
19.-Rey de Judá. (1 Reyes 15:9-15.)
20.-Profetisa de la tribu de Aser que tuvo el privilegio de ver a Cristo cuando fue al Templo. (Lucas 2:36.)
21.-Primeras dos letras del nombre del hijo de Sedecías, que vino a la tierra de promisión. (Helamán 6:10.)
22.-Antes de Cristo (abreviado).
24.-Profeta israelita que salió con su familia desde Jerusalén en el 600 A.C.
26.-Curtidor de la ciudad de Jope, donde Pedro se alojó. (Hechos 9:43.)
28.-Infinitivo de la forma verbal "va".
29.-Moral.
33.-Liberó a Israel de los Moabitas. (Jueces 3:15-30.)
35.-Miembro de una secta del judaísmo que aceptaba la resurrección.
36.-Enojo, rabia.
37.-Primer principio del Evangelio de Jesucristo. (Alma 32:21.)
38.-Ciudad donde fue Saúl a consultar a una adivina. (1 Samuel 28:7, 8.)

VERTICALES:

1.-Lo que ocurre al apartarse o negar la verdad.
2.-Primeras dos letras del nombre de la ciudad donde nació Cristo. (Mateo 2:5, 6.)
3.-Eduardo Carrasco (iniciales).
4.-Juez superior y gobernador nefita. (3 Nefi 1:1.)
6.-Parte de la cara.
7.-Pueblo del Libro de Mormón que tenía extrañas oraciones. (Alma 31:12-18.)
9.-División de un distrito de la Iglesia.
11.-Letras del nombre del hijo de Isaac que vendió su primogenitura (desordenadas). (Gén. 25:27-34.)
12.-Nombre de la mujer que fue bautizada por Pablo (sin íes). (Hech. 16:14, 15.)
14.-Artículo neutro.
17.-Artículo determinante.
18.-Profeta de la antigüedad que construyó un arca.
23.-Rey Persa. (Esdras 1:1.)
25.-Anticristo que mató a Gedeón. (Alma 1:9, 15.)
27.-Hijo obediente de Lehi. (1 Nefi 3:7.)
30.-Padre del patriarca Abraham. (Génesis 11:31.)
31.-Nombre actual de Persia.
32.-Carlos Ibañez (iniciales).
34.-Regala, obsequia.

Abriendo la puerta a un testimonio

por Theo E. McKean

Una de las lecciones más impresionantes que he aprendido de otra persona, provino de una encantadora jovencita que vivió con nosotros mientras completaba sus estudios en la Universidad de Brigham Young. Pese a que era ciega, sus habilidades intelectuales y espirituales estaban extraordinariamente aguzadas; preguntaba un número de teléfono únicamente una vez y ya nunca lo olvidaba; mi esposa y otras personas le leían las asignaciones de lectura una vez, y sus calificaciones eran frecuentemente las más elevadas en toda la clase.

Dado que yo también estudiaba en la universidad, al principio de cada semestre la llevaba a ella con su perro guía una vez al nuevo salón de clases; eso era todo lo que necesitaba. Del mismo modo, los principios del evangelio se le enseñaban tan sólo una vez y ella los vivía fielmente todo el tiempo.

La lección que me enseñó tenía que ver con puertas *abiertas y cerradas*. Se molestaba en extremo cuando alguien, descuidadamente, dejaba una puerta entreabierta. Su sentido del oído estaba tan sumamente desarrollado que un leve eco de sus pisadas le revelaba la posición de cualquier puerta a la que se acercara, excepto cuando ésta se encontraba entreabierta. Cuando esto sucedía, ella inevitablemente chocaba contra la puerta.

Fracaso por descuido

El Señor se encuentra muy complacido con nosotros, sus hijos, cuando las puertas de nuestra vida están en la debida posición: abiertas para lo bueno y cerradas para lo malo. A los miembros de la Iglesia en la antigua Laodicea, les dijo:

"Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!

Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". (Apoc. 3:15-16.)

Aprended, luego vivid

Uno de los propósitos principales del proceso de la enseñanza y el aprendizaje es hacernos ver lo que es correcto e incorrecto, lo que abiertamente debemos aceptar en nuestra vida, y lo que debemos rechazar. Sin embargo, el desafío más grande que tenemos no es tanto el *aprender* la verdad, sino *vivir* la verdad una vez que la encontramos y la comprendemos.

A la vez que amonestaba a los miembros de la Iglesia en Laodicea por su infidelidad, el Señor fue rápido

en alabar a aquellos de la rama asiática de la Iglesia en Filadelfia, que habían decidido vivir de acuerdo con su palabra:

"Escribe al ángel de la Iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que *abre* y ninguno *cierra* y *cierra* y ninguno *abre:*

Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti *una puerta abierta,* la cual nadie puede *cerrar*; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.

Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero." (Apoc. 3:7-8, 10. Cursiva agregada.)

El alumno es también responsable

El que aprende, así como el maestro, tiene responsabilidades importantes que se deben llenar a fin de que el proceso de la enseñanza y el aprendizaje sea completo.

Además de guiar al alumno a un estudio del evangelio, testificando de que lo que aprende es verídico, y exhortándolo a que personalmente lo aplique en su vida, el maestro debe también respetar el pleno derecho y la responsabilidad del alumno de decidir por sí mismo si lo aceptará o rechazará.

Por otra parte, aquel que ha escudriñado las Escrituras y las palabras de los profetas vivientes de Dios por principios de verdad, y ha llegado a saber la veracidad de esos principios mediante el poder del Espíritu Santo, tiene la responsabilidad de tomar la decisión de obedecerlos personalmente. Este paso final es esencial a fin de que el proceso de aprendizaje del alumno sea completo. (Véase diagrama de las relaciones de aprendizaje y enseñanza, *Liahona,* abril de 1977, pág. 28.)

El aprendizaje no se lleva plenamente a cabo hasta que podamos "distinguir el bien del mal" y allegarnos "a todo lo que es bueno" (Moroni 7:19).

Cuando decidimos obedecer

Josué amonestó a Israel:

"Escogeos hoy a quien sirváis . . . pero yo y mi casa serviremos a Jehová." (Josué 24:15.)

El presidente Eldon Tanner ha comentado las palabras de Josué de la siguiente manera:

"La palabra *escogeos* implica que tenemos la libertad, el derecho y el privilegio de escoger, y depende personalmente de nosotros tomar esa decisión, y aceptar la responsabilidad por ella y por las consecuencia que sobrevendrán. *Hoy* significa que *ahora* es el tiempo para escoger, para determinar nuestro curso, no mañana; sólo hay hoy, no hay mañana, pero si lo hubiera bien podría ser demasiado tarde. *A quien* significa el objeto o el Dios al cual serviremos. *Sirváis* no es una aceptación pasiva, sino la plena aceptación y todo lo que la palabra implica." (*Church News,* 8 de junio de 1963, pág. 13. Cursiva agregada.)

Algunas veces nos desesperamos por el hecho de que el error y la maldad abundan tan desenfrenadamente en el mundo actual. Sin embargo, no debemos olvidar que éste también es un día en que la palabra del Señor está saturando la tierra. Vivimos en un día en que el evangelio se está extendiendo; nuestro desafío es aprenderlo y seguirlo; y dicho curso, al final vencerá a la maldad prevaleciente.

"Actualmente, el Señor está revelando su voluntad a todos los habitantes de la tierra, y a los miembros de la Iglesia en particular, en cuanto a los asuntos de esta época, mediante los profetas vivientes, con la Primera Pre-

sidencia a la cabeza. Lo que ellos digan como Presidencia es lo que el Señor diría si estuviese aquí en persona . . . Debe estudiarse, comprenderse y seguirse, tanto como las revelaciones en Doctrinas y Convenios y otras Escrituras . . .

Esta es una época de gran conflicto entre la verdad y el error . . . existe solamente una manera segura de distinguir la verdad del error; es conocer la voluntad del Padre en estos asuntos, y luego *hacerla.*" (Marion G. Romney. *Conference Report,* abril de 1945, páginas 90-91. Cursiva agregada.)

Tenemos las respuestas

El evangelio contiene las respuestas a los desafíos que afrontamos; nuestro desafío específico como maestros, es ayudar a nuestros alumnos a encontrar aplicaciones significativas en su propia vida.

El élder Neal A. Maxwell lo expresa en esta forma:

"Vamos a tener que llevar a cabo mejor nuestra tarea —yo como padre y como maestro, y vosotros en vuestros salones de clase— de lo que hemos estado haciéndolo, a fin de ayudar a los jóvenes a ver que existe una conexión entre el evangelio y los problemas del mundo real, y que el evangelio contiene la solución a los problemas humanos". (Discurso al personal de Seminarios e Institutos en la Universidad de Brigham Young, 1970. Véase el artículo *"La respuesta del evangelio a los problemas de la vida"*, en la pág. 37 de este mismo número.) 36, 38

Hacer es conocer

Mediante en estudio diligente del evangelio, podemos llegar a *saber lo que debemos hacer.* Si decidimos hacerlo, llegamos a *saber que es verdadero.* Y la clave para saber si lo hacemos o no depende de nuestra decisión de ser obedientes.

El presidente Marion G. Romney lo resume de la siguiente manera:

"El hombre mortal es un ser dual, y ha sido puesto aquí en la tierra entre fuerzas opuestas. Por una parte, la influencia de Dios lo inspira, le suplica y le exhorta a seguir el camino de la vida; por otra parte, está el poder de Satanás que lo tienta a desobedecer los mandamientos de Dios. Las consecuencias de sus decisiones caben en la categoría de todo o nada. No existe manera en que pueda escapar a la influencia de estos poderes opuestos; inevitablemente será guiado por el uno o el otro. Su divino don del libre albedrío le brinda el poder y la opción de elegir, y debe hacerlo." (*Conference Report,* octubre de 1962, pág. 94.)

Una invitación

Nuestro Salvador nos amonesta en la actualidad, tal como lo hizo en tiempos pasados. El concluyó su mensaje a los santos en la antigua Laodicea diciendo:

"Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete.

He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.

Al que venciere le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.

El que tiene oído, oiga . . ." (Apoc. 3:19-22.)

Después de registrar el mensaje mencionado, Juan el Revelador continúa:

"Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo . . ." (Apoc. 4:1.)

Es mi testimonio personal que a cada uno de nosotros se le puede abrir una puerta; y es mi oración que así sea.

Las respuestas del evangelio a los problemas de la vida

por el élder Neal A. Maxwell
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta

Me gustaría pintaros a grandes rasgos un esbozo de lo que según pienso, es la juventud de la Iglesia.

Creo que tenemos un mayor número de jóvenes dentro de la Iglesia, que tanto en cantidad como en calidad excede lo que hemos tenido hasta el presente en esta dispensación, y que constituye una élite. Por élite no quiero decir arrogantes y altaneros, sino un selecto grupo de jóvenes dedicados, que desean servir a su prójimo, que creen en la veracidad del evangelio, desean vivirlo, y confrontan difíciles alternativas. Esta juventud vibra con conocimiento y dedicación. Sin embargo, no todos encuadran en esa categoría. En este aspecto hay una gran banda central de jóvenes miembros activos y bien informados que impresionan muy bien, pero no se hallan aún tan bien versados en el conocimiento del evangelio como los miembros de esta élite. Al otro extremo, tenemos nuestros rebeldes, los disidentes y desertores; es dentro de esta distribución de los jóvenes en la Iglesia, de un extremo a otro, donde vosotros funcionáis.

Importancia de la pertinencia

Ante todo, vamos a tener que hacer más, yo como padre y maestro, y vosotros, ciertamente en vuestras aulas, de lo que estamos haciendo al presente, para ayudar a los jóvenes a percibir que existe una conexión entre el evangelio y los muy reales problemas de la vida, y que el evangelio realmente contiene la solución a los problemas de la humanidad.

Esto significa que la muy oída palabra "pertinencia" todavía presenta problemas, en el sentido de que la juventud aún tiene que llegar a comprender que el evangelio es algo que *hacemos*, no simplemente algo que predicamos. Esto significa que la pertinencia del evangelio en términos de su capacidad para resolver los problemas humanos, debe ser comunicada con mayor constancia, con mayor maestría y con mayor espiritualidad que en el pasado.

Nuestra juventud debe ser pacificadora

Considerad el dilema de la juventud en la Iglesia. Una de las paradojas con que se confronta es que ha sido advertida, tanto en las Escrituras como por boca de los profetas modernos, que se aproxima rápidamente el momento en que la paz sea retirada de la tierra. Esto es algo que debemos saber; no podemos permitirnos el lujo de la ingenuidad. Sin embargo, por medio de esos mismos profetas y en esas mismas Escrituras se les dice que de ellos es la tarea de proclamar la paz, de ser pacificadores. Los jóvenes deben llevar grabada en el pecho esta doble convicción, e integrarla a un estilo de vida que les permita ser cautelosos en un mundo en el que la paz no volverá a reinar, mas en el cual deben aún ser pacificadores. Claro que pueden hacer lo que algunos de los adultos de la Iglesia hacen, algo que desapruebo, y que es el convertirse en un Jonás moderno, profetizando el desastre de Nínive y luego subiendo la colina a la carrera para sentarse en primera fila a observar el gran espectáculo. Me parece significativo que el Señor increpara a Jonás en forma

bondadosa, mas reprobadora, por la clase de vida que llevaba en la que parecía tener mayor interés en el desastre que en la salvación. Nuestros jóvenes deben trabajar en los Nínives de su vida haciendo todo lo posible, aun cuando les embargue un sentimiento profundo de desastre inminente. No van a desertar, y no deben desertar de sus puestos hasta que alguien tome su lugar; ninguno de nosotros debería hacer tal cosa. No podemos permitirnos el lujo de ser como Jonás, al punto de que lleguemos a ver una estaca en condiciones catastróficas, y casi deseemos que el desastre ocurra para justificar nuestras predicciones.

Nuestro antepasado Lehi nos ofreció un ejemplo mejor. Tenía él datos e información que le sugerían la posibilidad de que el éxito le eludiera en sus esfuerzos para con dos de sus hijos; a pesar de ello, uno lo encuentra amándolos hasta el fin, bendiciéndolos, exhortándolos. Este tiene que ser nuestro estilo de vida, el estilo de vida de los jóvenes que pueblan las Nínives de nuestra existencia. No podemos hacer como Jonás, tratar de escaparnos a Tarsis y así "esquivar el bulto"; no podemos escalar la colina y esperar por el desastre. Debemos permanecer en nuestros puestos cumpliendo con nuestros deberes por tanto tiempo como el Señor lo requiera. Y será mucho más fácil que los jóvenes de la Iglesia lo hagan, si ven que algunos de nosotros también participamos en el esfuerzo. Eso no quiere decir que pongamos en duda las profecías o lo que pueda ocurrir, mas no vayamos, a buscar refugio en las colinas demasiado aprisa.

El poder del amor

Hace unos meses, un amigo mío que reside en la ciudad de Washington, al llegar a su casa descubrió que estaba siendo saqueada. Mi amigo cometió el error de tratar de dominar al ladrón, quien disparó un revólver cuya bala, alojándose en su espalda, afectó de tal manera la espina dorsal que mi amigo quedó paralizado desde la cintura para abajo, para el resto de su vida. Se trataba de un hombre muy atlético y vigoroso que halló su vida trágicamente cambiada y abatida en un momento. Poco tiempo después de la tragedia, fui a visitarle al hospital. Fui, como a menudo lo hacemos en la Iglesia, con el propósito de consolarlo; mas fui yo quien resultó consolado. Gracias a su lucha personal con el problema del perdón, él pudo decirme en medio de las lágrimas, que había llegado al punto de perdonar a su asaltante hacia quien no sentía ninguna malicia, y que no quedaban en él vetigios de amargura; en su lugar, había solamente amor. En realidad, eso sólo puede ocurrir dentro del contexto de la hermandad de la eternidad. Cuando usamos estas palabras, debemos ser más específicos en la manera en que las usamos y debemos explicar sus implicaciones, so pena de que la juventud dé por sentado que nuestro vocabulario contiene el mismo significado que el de aquellos que no pertenecen al reino. Cuando nos referimos a la paternidad de Dios, no hablamos de una fuerza vital inalcanzable, no hablamos de un abuelo condescendiente que concedería a la humanidad todo aquello que ésta deseara, a quien nada le importa y nada juzga. El nuestro es un Padre amantísimo quien permitirá, si es necesario, que cada uno de nosotros sufra alguna experiencia difícil, para así darnos a saber que su amor por nosotros es tan grande y tan profundo que nos permitirá sufrir de la misma manera como lo hizo con su Unigénito en la carne; para hacernos completar así, plenamente, el triunfo y conocimiento en los que seremos copartícipes con El. Es de importancia vital que la juventud comprenda lo que esa

clase de paternidad amante significa, en contraste con las ideas mundanas de aquellos que la rodean.

Las cuatro "E" del conocimiento

Tengo la impresión de que generalmente aprendemos y enseñamos, en el contexto de cuatro estilos y maneras diferentes de instrucción, los cuales son todos necesarios y apropiados, mas requieren el establecimiento de cierto balance. Yo los llamo las cuatro "E" del conocimiento. La primera "e" es de *exhortación;* esto es algo que hacemos bastante bien en la Iglesia; lo hacemos extensivamente, y es necesario. La segunda es de *explicación*; de esto también damos mucho, lo que es también necesario. La tercera es de *ejemplo*; todos sabemos que la enseñanza por el ejemplo es la mejor, y se ha dicho que "la única autoridad moral a la que la juventud responderá hoy día, es el ejemplo". La cuarta es de *experiencia.* Quisiera sugerir la idea de que en vuestros hogares y clases de la Escuela Dominical, y quizás aun en los institutos y seminarios, tal vez andemos algo escasos en las dos últimas. Nos recargamos pesadamente con la exhortación, y la explicación, y con motivo: pero lo que necesita agregarse para el balance didáctico es el ejemplo y la experiencia. Francamente, me preocupa que los miembros del Sacerdocio Aarónico sientan que el único servicio que necesitan prestar es el de bendecir y pasar el sacramento el día domingo. Personalmente me gustaría ver a las viudas y los ancianos recibir más ayuda concreta, como ser los cubos de basura sacados a la calle y que les fueran rendidos otros servicios igualmente prácticos para que los jóvenes experimenten el evangelio en acción y sus frutos, y sepan que es verdadero. Entonces nadie tendrá que testificárselo, porque ellos lo experimentarán; y si leéis nuevamente en 3 Nefi, cuando Jesús viene a este continente y la multitud se acerca a él, encontraréis muy interesantes formaciones verbales; leemos: "y metieron sus manos en su costado". "palparon las marcas", "vieron con sus ojos". Quienes así hicieron experimentaron el evangelio y supieron que era verdadero, y este es el tema del ataque verbal del capítulo 32 del libro de Alma: la experimentación que produce conocimiento puro, porque sabemos por experiencia que es verdadero. Sabemos que no podemos vaciar las aulas de la Iglesia con el propósito de salir en busca de experiencias, pero todo lo que toma lugar fuera del aula tiene que incluir experiencias directas con aplicación de los principios del evangelio. Esto dará a cada uno de nuestros jóvenes un depósito de experiencias espirituales a las cuales se puede recurrir, en la misma manera que los miembros pueden recurrir a los abastecimientos de comida y ropa que han almacenado.

En esta vida, a todos nos llega el momento en que necesitamos recurrir a este almacén de experiencia espiritual. Algunos de nuestros almacenes se hallan casi vacíos, mientras que hay otros en los que jamás ha habido nada. Debemos estar en condiciones de recurrir a estos abastecimientos para ayudar a nuestros jóvenes cuando los problemas intelectuales los asedien. A esta altura de los acontecimientos sabrán por experiencia propia que el evangelio es verdadero, porque lo habrán experimentado en los hechos.

Nuestra indulgente juventud

Lo que voy agregar ahora lo he tenido que aprender duramente, y permitidme sugerir que quizás parte de vuestra asignación como maestros esté relacionada más a los padres que a los jóvenes. Si tan sólo quisiera destacar una faceta al respecto, sería ésta: He aprendido que los jóvenes se sienten más reacios en la actualidad a denunciar la mala conducta de algunos de sus compañeros, que las

generaciones precedentes. Esto no significa necesariamente que ellos aprueben tal comportamiento. Parecería ser un punto muy nebuloso y sutil, pero es muy profundo. Son mucho más tolerantes y siente menos inclinación a criticar a sus compañeros, cuando ellos hacen cosas que no deben: algunos de nosotros, observando este fenómeno lo interpretamos como aprobación tácita: mas no lo es. Muy a menudo desaprueban completamente, pero no están dispuestos a denigrar a sus compañeros. Admito francamente que como padre, hay muchas ocasiones en que me agradaría que mi hijo o mi hija levantaran su voz contra algunas de las cosas que suceden a su alrededor; mas al hablar con ellos en diálogo tranquilo y cariñoso, descubro que aunque no les agrada lo que está ocurriendo, no van a reprender ni humillar a sus compañeros.

Nosotros, los adultos, necesitamos comprender que la juventud no está inclinada a expresar su indignación acerca de la conducta antisocial de sus amigos de la manera como a vosotros y a mí nos gustaría hacerlo, pero cometemos un gran error si suponemos automáticamente que la falta de crítica significa aprobación de su parte.

Las Escrituras como un himnario

Por último, espero que encontréis nuevas maneras de interesar a nuestra juventud en la lectura individual de las Escrituras. Creo que la mejor analogía que podemos recordar es que las Escrituras son como un himnario que contiene todos los himnos eficaces, pero nosotros como adultos, deseamos cantar ciertos himnos favoritos una y otra vez. Mas, bien puede ocurrir que éstos no sean los favoritos de los jóvenes. Las Escrituras, en este sentido, son como un himnario: contienen muchas melodías que deben ser cantadas y oídas, y nuestras canciones preferidas no son necesariamente las mismas que atraen, o que tienen relevancia para la juventud.

Solamente por medio de un estudio personal de las Escrituras, podrán los jóvenes encontrar en ellas la música que responderá a las necesidades que experimentan hoy día. Vosotros no podéis depender de los cursos de estudio, de ninguno de ellos, para responder a sus necesidades individuales en forma diestra y precisa. Ellos tienen que *abrir el himnario* y *oír* la música. El mensaje se encuentra allí, les hablará, encontrará resonancia dentro de ellos; pero algunas veces esta comunicación tendrá que ocurrir en la intimidad de su propio conocimiento. No hay modo alguno en que vosotros o yo podamos prever la gran variedad de necesidades en forma absoluta.

Concluiré con una frase tomada del Libro de Mormón y la uniré a la frase de una canción popular que declara que "en un día despejado, se puede ver el infinito". El Libro de Mormón habla, y creo que es el único lugar en las escrituras en que aparece la frase, de "el hombre de Cristo". Y gracias a la perspectiva especial que el evangelio nos da, "en un día despejado *el hombre de Cristo* puede ver el infinito".

Por esta clase de perspectiva y el manojo de percepciones que el evangelio nos da, nos regocijamos de ser tan favorecidos, mas con este regocijo también nos invade un enorme sentimiento de responsabilidad.

Así es que, cuando tomamos sobre nuestros hombros las faenas del reino —y hay días en que yo sé que son *faenas*—debemos hacerlo con un cierto sentido especial de gratitud, de que Dios nos haya llamado individualmente a estar donde nos encontramos en esta hora señalada en la historia de la humanidad. Que seamos bendecidos para llegar a ese fin, lo ruego en el nombre de Aquel cuya Iglesia constituimos, Jesucristo. Amén.

Extracto de un discurso al personal de Seminarios e Institutos en la Universidad de Brigham Young, 1970.)

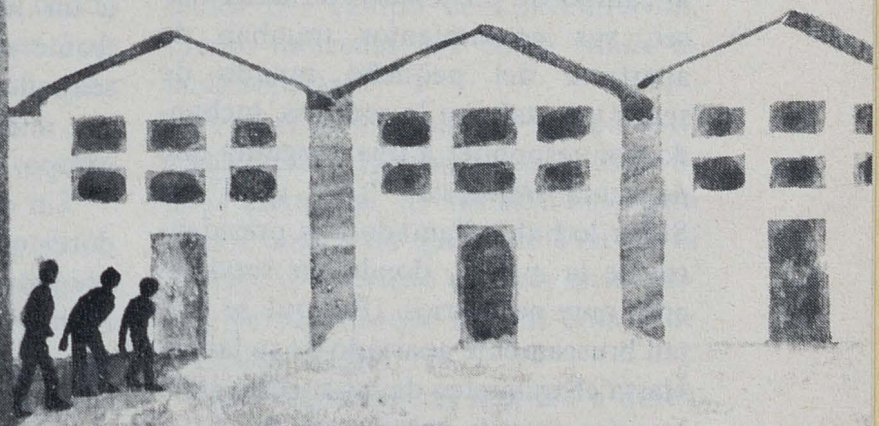
Misionero en el campo de concentración

por Melvin Leavitt
Ilustrado por Ralph Reynolds

El 15 de mayo de 1942, Piet Vlam se despidió de su esposa con un beso, diciéndole:

—Hasta mañana, querida.

Mientras el tren atravesaba los campos en aquel día de primavera, hacia Arnhem, ciudad holandesa cercana a la frontera alemana, sus pen-



samientos iban ocupados en los imperiosos deberes que tenía como Segundo Consejero en la Misión de los Países Bajos; su deseo era volver a ellos apenas cumpliera con lo que tenía que hacer.

Desafortunadamente, aquel viaje era inevitable. Como ex oficial de la marina en la Holanda ocupada por los alemanes, estaba obligado a registrarse en Arnhem a menudo junto con los demás oficiales holandeses. Aquellas comparecencias, aunque sumamente molestas, ya se habían convertido en una rutina para él y no le preocupaban en lo más mínimo. Al observar los verdes prados que pasaban rápidamente frente a su ventanilla, estaba lejos de sospechar que aquel viaje de un día había de convertirse en una larga jornada de tres años de cautiverio.

Al llegar a Arnhem, los oficiales holandeses recibieron la noticia de que eran prisioneros de guerra, después de lo cual los amontonaron en trenes que partían con destino a Alemania. Mientras Piet se hundía en las tinieblas del desaliento en su camino al campo de prisioneros de Langwasser, sus pensamientos trataban de apartarse del pequeño mundo de sudor y metal que lo rodeaba, luchando por responder a una pregunta que no tenía respuesta: "¿Por qué?" El Señor lo había llamado a la presidencia de la misión, donde sus servicios eran muy necesarios. ¿Por qué se veía tan bruscamente apartado de su labor? Hasta el traqueteo de las ruedas sobre las vías parecía repetir con él, "¿Por qué? ¿Por qué?". Pero no había nadie que le contestara.

Sin embargo, su fe era muy grande y no necesitaba tener una respuesta inmediata. Estaba dispuesto a esperar.

Hasta mucho tiempo después, Piet no comprendió que su cautiverio constituía uno de los llamamientos misionales más evidentes en la historia de la Iglesia, aunque fuera también en una situación tan enfadosa y aparentemente inapropiada.

Un día, no mucho después de haber llegado a Langwasser, se encontraba sentado fuera de la barraca donde pululaban los piojos, en el único trocito de hierba amarillenta que había en el campamento, cuando un compañero que estaba a su lado comenzó a hacerle preguntas sobre religión. Piet sabía exactamente cómo contestarle, y así comenzó la primera de una serie de discusiones religiosas.

Pronto hubo otros prisioneros que querían oírlo hablar de su Iglesia. Como era imposible reunirse en grupos grandes, pues los guardias no lo permitían, invitaba a dos compañeros y conversaba con ellos mientras caminaban kilómetros y kilómetros alrededor del campo.

Al cabo de unos meses en aquel lugar, los prisioneros fueron trasladados a un lugar en Polonia, cerca de la frontera con Rusia. Piet continuó enseñando el evangelio a sus compañeros, mientras caminaban alrededor del campo.

Un día, un grupo de sus investigadores que estaban más interesados, le preguntaron si sería posible organizar reuniones de la Iglesia. Encontraron una barraca vacía, en una parte alejada, taparon la ventana con una frazada a fin de estar más en privado, y colocaron una caja de jabón a modo de púlpito. Tenían que llevar a cabo los preparativos en secreto, pues no se les permitía tener ningún tipo de

reuniones.

Sus servicios eran bastante diferentes de los comunes: leían los himnos, pues no se atrevían a cantarlos por temor a que los guardias los oyeran; y después de la reunión, los asistentes debían deslizarse afuera silenciosamente, uno por uno, para pasar desapercibidos. Sin embargo, se podía sentir entre ellos el Espíritu del Señor.

En el campo de concentración se observaban estrictamente los principios del evangelio. Cada domingo de ayuno, los hombres daban su escasa taza de comida a algún compañero y ayunaban, aunque de todos modos estaban constantemente con hambre. Muchos de ellos recibieron un testimonio del evangelio mientras oraban, durante las largas horas de la noche en que pasaban despiertos. Uno de ellos, que había sentido nacer su testimonio en una de esas noches de ayuno, se paró el día siguiente a testificar, diciendo que de pronto había experimentado un indescriptible sentimiento de paz, que lo había envuelto de pies a cabeza; después, pidió tímidamente que le asignaran alguna tarea para preparar las reuniones dominicales. Cuando Piet le preguntó si querría barrer el piso, él respondió que sería un gran honor; y agregó:

—Cuando tú entras al cuarto, contigo entra el Santo Sacerdocio.

Poco después, al enterarse los hombres de la existencia de la Asociación Mutual, le dijeron a Piet que les gustaría organizar una para ellos; él así lo hizo, llamando a unos para la presidencia, otro para secretario y otro como maestro. En sus reuniones estudiaban Doctrinas y Convenios y, según el hermano Vlam, jamás oyó mejores lecciones sobre este libro, que las que enseñaban aquellas personas que no eran miembros de la Iglesia.

A medida que pasaba el tiempo, continuaban las largas caminatas por el campo y los hombres fortalecían su fe en el evangelio, lo cual les daba fuerzas para subsistir. Cada día sentían más amor por su compañero Piet. Un domingo de Pascua le dieron una sorpresa al presentarle una nueva canción, titulada "Fe" (ésta fue incluida más tarde en el himnario oficial de la Misión de los Países Bajos).

Hacia el fin de la guerra, los prisioneros fueron transportados nuevamente a otro campo de concentración, situado esta vez en Alemania. Allí, continuaron con las actividades de la Iglesia.

El 28 de abril de 1945, un tanque ruso echó abajo la alambrada de púas que rodeaba el campo, y los prisioneros fueron liberados. Unas pocas semanas más tarde, Piet se encontraba en su hogar, con su esposa e hijos. Aquellos de sus compañeros que se habían mostrado más entusiastas, habían llevado consigo un don que hacía que el hambre, el frío y los insectos del campo de concentración, fueran molestias que había valido la pena soportar.

Varios de los hombres fueron bautizados en la Iglesia, y con ellos, muchos miembros de sus familias. Uno de los conversos que hizo Piet en el campo, se convirtió después en el primer presidente que tuvo la Estaca de los Países Bajos.

Piet Vlam era un hombre a quien era muy difícil distraer de sus obligaciones. Al ser arrancado de su misión, sencillamente llevó su misión consigo. Y mucha gente le estará eternamente agradecida por ello.

"... ni es de los ligeros la carrera,

por William G. Dyer

La carrera de la vida

Muchos hemos visto los Juegos Olímpicos —ya sea personalmente o por televisión— y nos maravillamos ante las habilidades de aquellos atletas. Me imagino que pocos de nosotros nos convertiremos en competidores olímpicos; pero todos somos participantes en una carrera, la carrera de la vida. Hay veces en que nos parece un poco injusto que haya algunos que aparentan ser más fuertes, más capaces, más eficaces de lo que nosotros somos en esta carrera, pero quizás podamos encontrar consuelo en la escritura que nos indica "que ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes." (Eclesiastés 9:11). Una y otra vez las Escrituras nos indican que aquellos que perseveran hasta el fin, serán salvos.

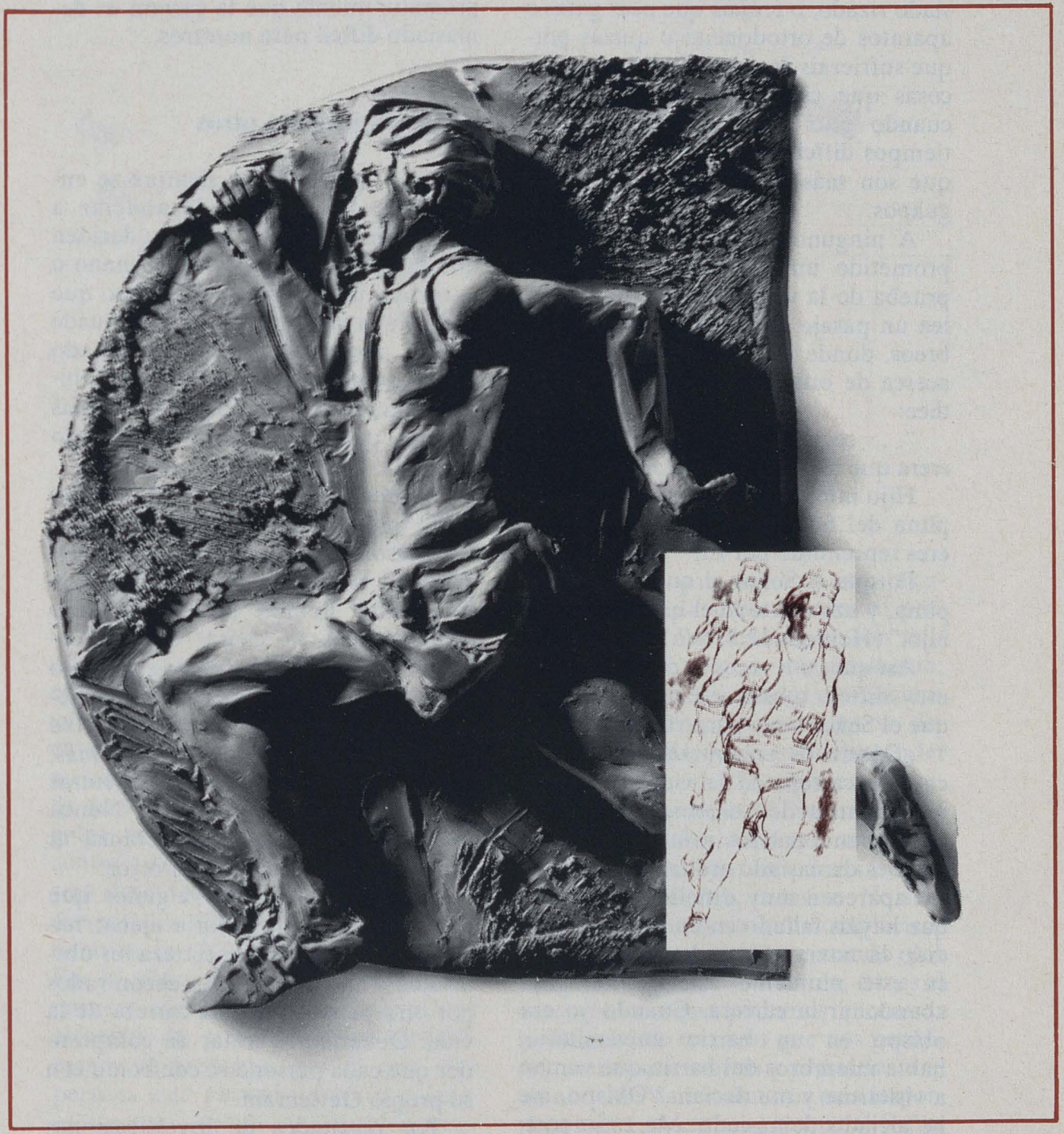
La carrera de la vida no es de corta distancia y alta velocidad; no es una carrera de cien metros llanos, ni de media distancia. Es un maratón, una carrera de larga distancia. El Señor dice:

"Y asimismo, quiero que aprendas que sólo se salva quien persevera hasta el fin." (D. y C. 53:7.)

Si leemos el índice de Doctrinas y Convenios, veremos que hay por lo menos doce referencias al hecho de que sólo aquellos que perseveren hasta el fin serán salvos.

Me gustaría hablar entonces acerca de la carrera de la vida. Esta es a menudo una carrera muy difícil; comienza prematuramente, y calculo que comienza realmente en serio cuando llegamos a la edad de responsabilidad. Frecuentemente, incluso en la adolescencia la carrera no es muy agradable; vosotros probablemente así lo recordaréis, cuando más adelante os pongáis a evocar los días estudiantiles.

ni la guerra de los fuertes”



La gente casi nunca olvida su adolescencia, y aun veinte o treinta años más tarde se pueden fácilmente traer a la mente los recuerdos de las experiencias difíciles de aquella época. Vosotros recordaréis probablemente cuando sentisteis que la carrera era muy difícil porque erais demasiado bajos o demasiado delgados; porque vuestro cabello era demasiado lacio o demasiado rizado, o teníais que usar gafas o aparatos de ortodoncia; o quizás porque sufrierais de acné. Todas estas son cosas que causan tormento al alma cuando uno está pasando por esos tiempos difíciles, envidiando aquellos que son más altos, más fuertes, más guapos.

A ninguno de nosotros se nos ha prometido una carrera fácil en esta prueba de la vida. Permitidme que os lea un pasaje de la epístola a los Hebreos, donde Pablo, que sabía mucho acerca de esta carrera de la vida, nos dice:

". . . corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante . . .

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por El;

Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo." (Hebreos 12:1, 5-7.)

Así que, si a veces la carrera parece muy difícil, quizás sea parte del plan que el Señor tiene para vosotros.

¿Dónde os encontráis al presente en esta carrera de la vida? Presiento que algunos de vosotros estáis listos para abandonar los esfuerzos. La carrera es demasiado ardua; los obstáculos aparecen muy difíciles; puede ser que hayáis fallado en un examen, perdido la novia, cometido un pecado, y en este momento estéis listos para abandonar la carrera. Cuando yo era obispo en un barrio universitario, había miembros del barrio que venían a visitarme y me decían: "Obispo, me he alejado demasiado. Me es imposible retomar el camino de regreso. Más vale que desista."

Estos habían olvidado que el Señor ha indicado que "Si vuestros pecados fueren como la grana como la nieve serán emblanquecidos" (Isaías 1:18). Existe la posibilidad del arrepentimiento, de nuevas metas, de un nuevo comienzo si no nos desahuciamos a nosotros mismos y si no decidimos prematuramente que la carrera es demasiado difícil para nosotros.

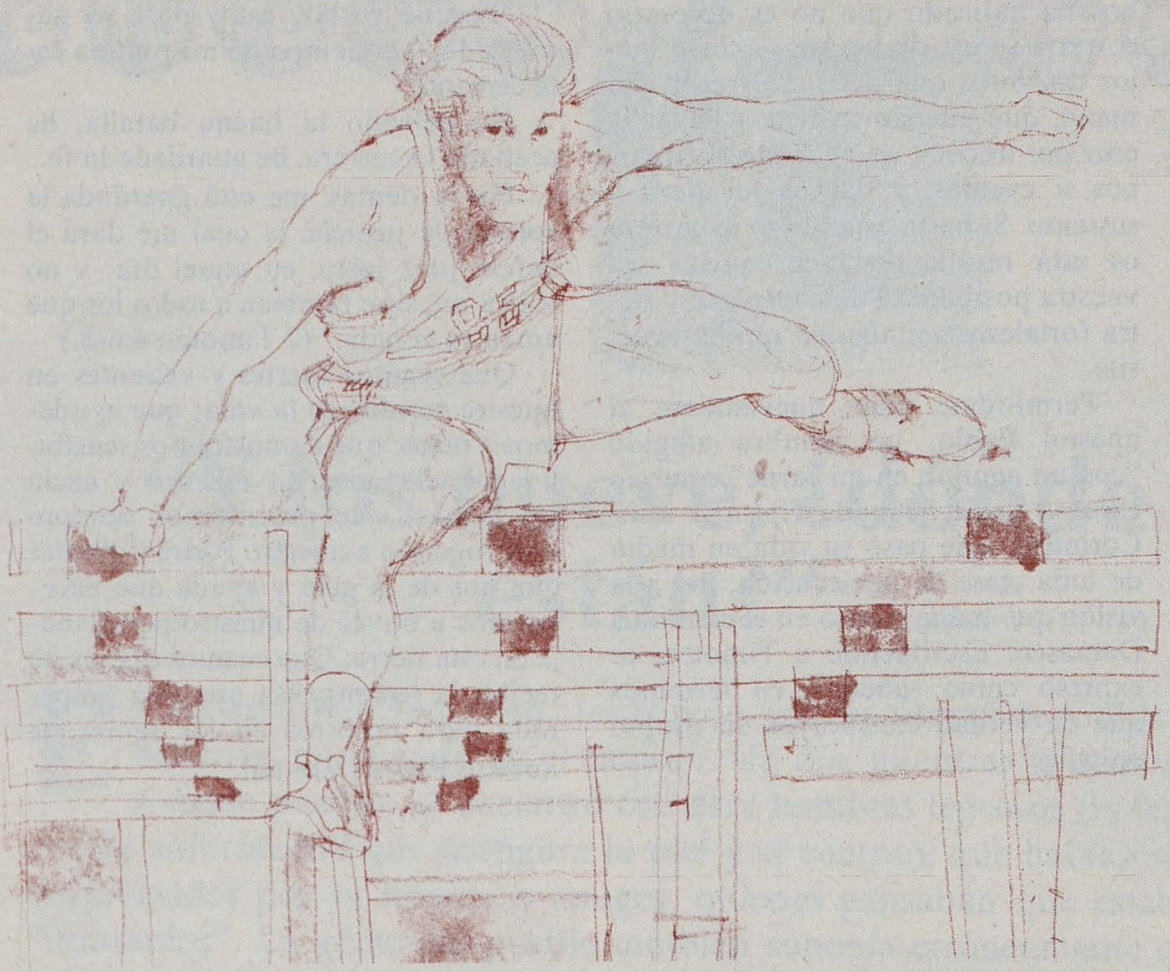
Evitamos juzgar a otros

Están aquellos que siempre se encuentran listos para desahuciar a otros. Sin pensarlo mucho deciden que tienen un padre, o un hermano o hermana, un amigo o compañero que "no vale la pena". Esta persona puede dar la apariencia de ser demasiado rígida, demasiado apegada a sus hábitos, demasiado apartada, y los demás deciden que la carrera ha terminado para ella. Eso jamás debe ocurrir.

El presidente David O. McKay ha dicho que no hay éxito que compense el fracaso en el hogar. En otra ocasión, el élder Marvin J. Ashton dijo que solamente hemos fallado cuando abandonamos la causa, cuando cesamos en nuestros esfuerzos. Por eso yo amonestaría a todos para que recordemos, tanto para nuestro beneficio como para el de los demás, que la carrera nunca termina mientras permanezcamos en esta vida. Nunca debemos abandonar la esperanza ni por nosotros mismos, ni por otros.

En esta carrera hay algunos que han juzgado la trayectoria ajena; nadie puede conocer con certeza los obstáculos y las dificultades encontrados por otra persona en esta carrera de la vida. Deberíamos tratar de comprender que cada persona se confronta con su propio Getsemaní.

Por resultados de investigaciones



científicas que se han hecho, sabemos que el dolor físico que pueden tolerar las personas, varía. Lo que para unos es un alfilerazo, es para otros un dolor insufrible; y así también sucede con las penas y las pruebas. Lo que es un obstáculo mayor para uno, para otros es simplemente un desafío. Para la joven que nunca ha sido muy popular entre los muchachos y que entre ellos no ha tenido muchos amigos, la pérdida de un amigo especial puede ser un golpe terrible. Pero a otra que haya contado con muchos admiradores, le será difícil apreciar o comprender las dificultades que una experiencia tal tiene en la vida de otro ser humano. Por lo tanto, ruego que podamos demostrar compasión, que hagamos el esfuerzo de comprender verdaderamente el problema por el que otra persona está pasando y no la juzguemos injusta, rápida o insensiblemente.

Ayudemos a aquellos que desmayan

Hay algunos de nosotros en esta carrera de la vida para quienes al presente todo se está deslizando con felicidad; en todo les va perfectamente; la vida les resulta simplemente maravillosa. En tales circunstancias, yo desearía que todos pudiéramos aprender a ser agradecidos, humildes, a expresar gratitud porque el Señor nos ha concedido la serenidad que ahora experimentamos. Mas no descansemos sobre una confianza excesiva. No seamos presuntuosos o autocomplacientes, porque si estamos pasando por una época tal en nuestra vida, ése es el momento en que podemos encontrar las fuentes de recursos que nos permitan acercarnos a otros y prestarles una mano. Uno de los factores más importantes de esta carrera, es que el Señor

nos ha indicado que no es necesario correrla solos; de hecho, se corre mejor con otros que puedan ofrecer una mano, que puedan ayudar a llevar la cruz por trechos, que puedan levantarnos si caemos, y darnos fortaleza y sustento. Si hasta este punto la carrera os está resultando fácil, quizás sea vuestra posibilidad de compartir vuestra fortaleza con alguien que la necesite.

Permitidme citar nuevamente al apóstol Pablo, un hombre afligido "con un aguijón en mi carne" como lo expresa en la Segunda Epístola a los Corintios; que pasó su vida en medio de toda clase de persecución, fiel a la visión que había tenido en el camino a Damasco. Escribiendo a Timoteo, se expresó como sabemos en términos que en verdad constituyen su propio epitafio:

"Porque yo hoy estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano.

He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida." (2 Timoteo 4:6-8.)

Que seamos fuertes y valientes en nuestra carrera de la vida; que ayudemos a otros; que demostremos sensibilidad hacia nosotros mismos y hacia los demás; que procuremos siempre orar rogando a nuestro Padre Celestial que nos dé la guía y ayuda que necesitamos a través de nuestro peregrinaje en esta tierra. Que seamos dignos de recibir la recompensa que está preparada para nosotros en los reinos de nuestro Padre Celestial.

MI TESTIMONIO

por Claudia V. Tedesco

Hoy abrí las ventanas de mi vida
Y, sin darme cuenta,
Aprendí a sentir, a creer a vivir.
Aprendí que los niños
Pueden cantar, soñar, reír.
Aprendí a ver el sol brillar;
Y a las nubes las vi llorar,
No de pesar o tristeza,
Simplemente... por jugar.
Aprendí que los árboles,
Aun en su silencio
Nos brindan su amistad.
Hoy aprendí a sonreír,
Hoy encontré la bondad.
Ahora sé
Que el largo camino de la vida
Puede ser en un mundo mejor
Si tú, y yo, y todos
Aprendemos a dar,
y buscamos a Dios.

Claudia V. Tedesco tiene 16 años y es miembro de la Estaca de Buenos Aires Este, Argentina.



GM
M205.57
L693SP
v.24
1978

"Y los nueve, ¿dónde están?"

(*Lucas 17:11-19*)

En su camino a Jerusalén, Jesús pasó por las tierras de Galilea y Samaria, enseñando en el camino. Un día, mientras se acercaba a cierto pueblo, se encontró con diez hombres leprosos (la lepra es una enfermedad que desfigura la piel y el cuerpo), que habían sido despreciados por su familia y amigos, quienes pensaban que estaban "inmundos". La gente del pueblo también suponía erróneamente que la lepra era una enfermedad muy contagiosa.

Los hombres vieron que el Salvador se acercaba y exclamaron: "¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!" Jesús sintió mucha lástima al ver que los hombres habían sido tratados tan mal a causa de su aflicción, y decidió ayudarlos.

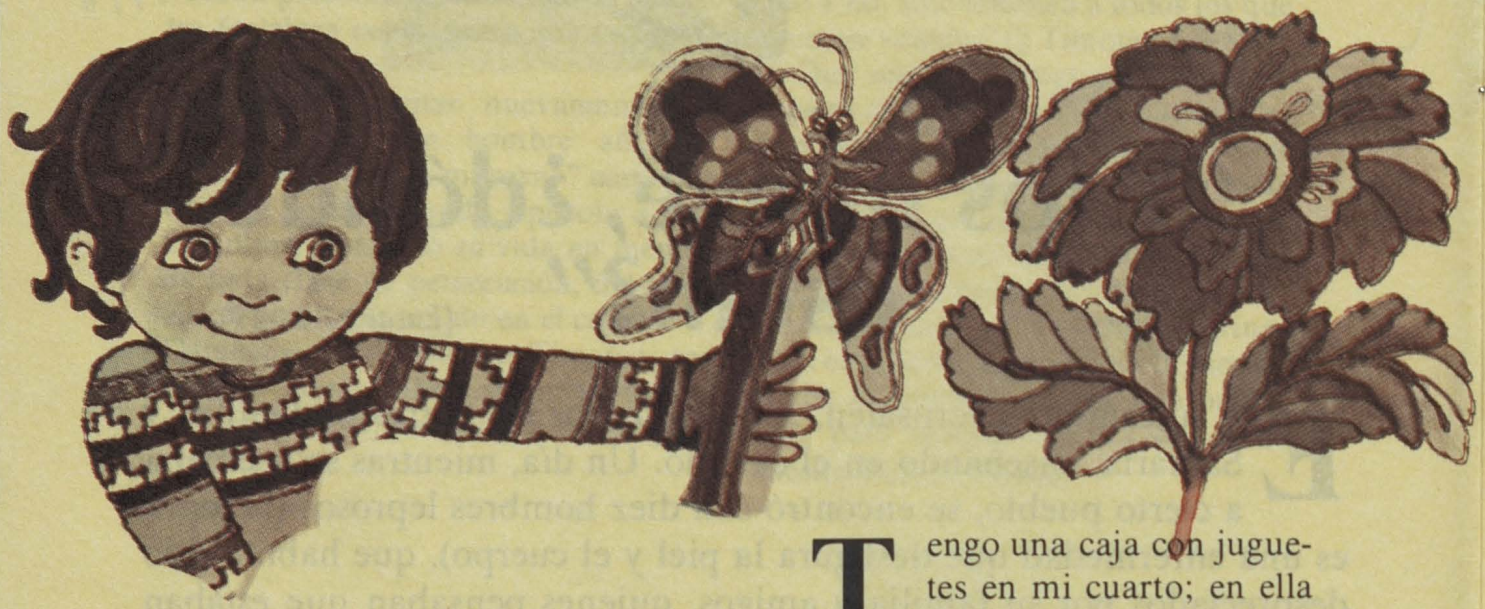
"Id, mostraos a los sacerdotes", les dijo. "Y aconteció que mientras iban fueron limpiados." (O sea, que fueron curados.)

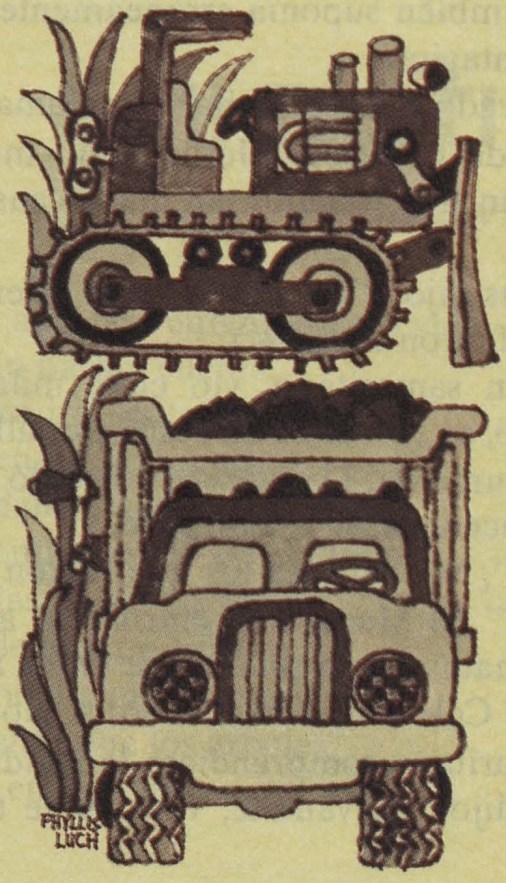
Cuando uno de los hombres, un samaritano, vio cuán milagrosamente había sido curado su cuerpo, se volvió hacia Jesús y estalló en alabanzas al Padre Celestial por su curación. Después se arrodilló a los pies del Salvador, agradeciéndole sinceramente ese milagro.

Jesús le preguntó al samaritano: "¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?" El Maestro se entristeció al ver que solamente uno de los diez que habían sido sanados se había acordado de agradecerle a nuestro Padre Celestial su misericordia. No obstante, Jesús se alegró de que el samaritano comprendiera la bendición y expresara su gratitud. A éste le dijo: "Levántate, vete, tu fe te ha sanado".

Palito y yo

por Betty Lou Mell Ilustrado por Phyllis Luch





Tengo una caja con juguetes en mi cuarto; en ella guardo todos mis juegos y cubos. En un rincón tengo también una caja con maderitas; algunas son ásperas y otras están muy pulidas; algunas son cortas, y otras muy largas. Las maderitas sirven para escarbar la tierra, y para muchas otras cosas.

A la mejor de todas, le había puesto el nombre de *Palito.* A cualquier parte que fuera, llevaba siempre a Palito conmigo; era pequeño y podía ponerlo en el bolsillo; también estaba muy pulido, y podía apretarlo en la mano sin que me lastimara. De noche, lo ponía debajo de la almohada. El era un buen amigo para mí.

Un día, Palito me hizo un agujero en el bolsillo y mamá se enojó mucho.

—¿Cómo se te hizo este agujero en el bolsillo? —me preguntó.

—No sé. Apareció ahí —le contesté, haciéndome el distraído.

No quería que supiera que Palito lo había hecho.

—¿Has andado llevando otra vez aquella madera en el bolsillo?

Yo me miré los cordones de los zapatos; estaban flojos y tendría que volver a atármelos.

—¡Tú, y tus palitos! ¿Por qué te los pones en el bolsillo?

—Este es mi amigo, mamá.

Entonces mamá me sonrió y me dijo que era muy bueno tener amigos.

Yo la quiero mucho a mi mamá, y no quiero disgustarla; así que decidí tener una buena conversación con Palito y decirle que no me hiciera más agujeros en los bolsillos. El no lloró ni protestó; sólo se limitó a escucharme. Eso me dio mucha pena y para consolarlo, lo hice volar por el aire. A Palito le encantaba que lo hiciera volar.

Hay un campo detrás de nuestra casa, y un día fuimos a dar un paseo. Hay muchas flores hermosas en el campo, y en una de ellas había una mariposa posada. Yo puse a Palito junto a ella y la mariposa se le subió encima; después se me subió a la mano y me hizo cosquillas. Cuando la mariposa se fue, Palito y yo escarbamos la tierra y sacamos la planta; después la llevamos a casa y entre los dos la plantamos en el jardín. A mamá le gustó mucho cuando la vio.

—Mamá, perdón por tener un agujero en el bolsillo; fue culpa mía —le confesé.

Ella me abrazó, y me despeinó un poco con la mano. ¡Cuánto la quiero!

Otro día, mi primo Jorge fue a jugar conmigo; había llevado su camión con volcadora, y yo saqué mi tractor a cuerda. Mamá nos dio algunas cajas vacías, e hicimos casas y caminos para jugar.

Yo quise hacer otro camino y, como Jorge tenía mi palita, saqué a Palito del bolsillo y me puse a escarbar con él. Palito sabía hacer hermosos caminos. Continué escarbando y escarbando, porque quería hacer un camino muy largo; de pronto, ¡zás! Palito chocó contra una piedra. Levanté el pedacito que se había roto y traté de arreglarlo, pero no pude. Sentí deseos de llorar, pero Jorge me estaba mirando.

—¡Bah! ¡Qué importa! Es un pedazo de madera no más —fue su comentario.

Coloqué los pedacitos de Palito debajo de los escalones del porche, y continué jugando sin decir nada. Pero cuando Jorge se fue, saqué los pedacitos.

—¡Cuánto lo siento, amigo! —susurré.

El no respondió, como de costumbre. Lo puse en una de las cajas que mamá nos había dado, y la llevé al lugar donde habíamos colocado la planta que los dos habíamos traído; allí hice un hoyo, puse en él a Palito, y lo cubrí con tierra.

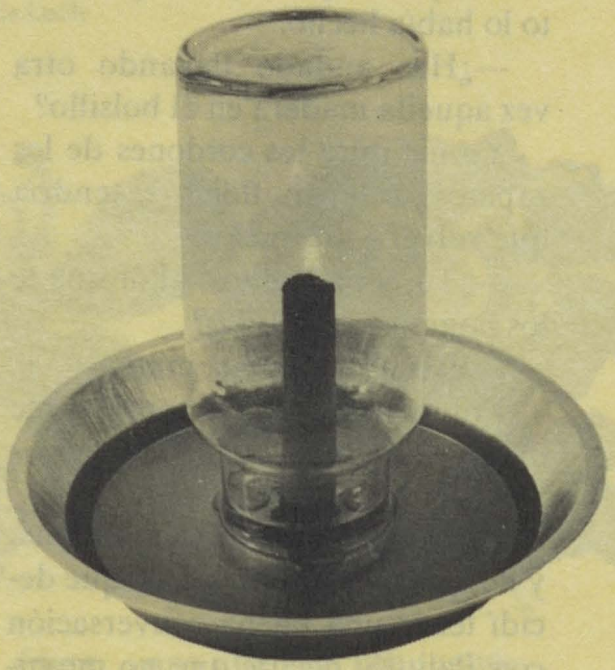
Palito era un buen amigo, y yo lo echo mucho de menos.

Aprende experimentando

por James E. Hyer

EXPERIMENTO NUMERO UNO

Vela en un frasco



Con varias gotas de cera caliente, asegura firmemente una vela en el fondo interior de un plato o una vasija honda; luego pon un poco de agua alrededor de la base de la vela e invierte un frasco vacío sobre la vela prendida; evita que la boca del frasco toque el fondo del recipiente, poniendo algunas monedas debajo del mismo.

Al cabo de aproximadamente un minuto, la vela se apaga y el

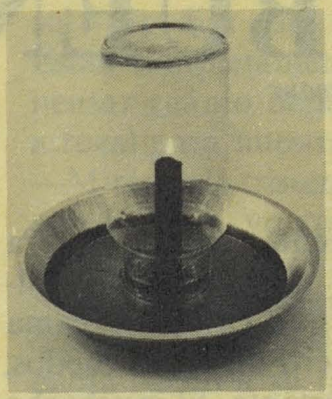
EXPERIMENTO NUMERO DOS



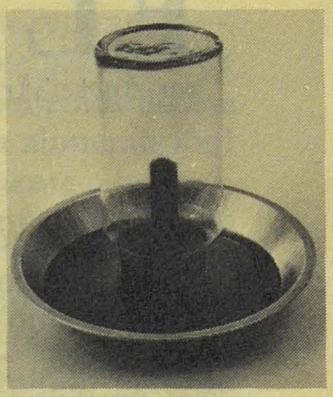
Aquí tienes otro experimento. Coloca una botella de cuello angosto boca abajo en un recipiente lleno de agua. Coloca firmemente ambas manos alrededor de la botella para que el calor de las mismas caliente el aire interior. Un poco de aire se escapará y verás varias burbujas; luego, el agua se alzará en la botella.

agua se eleva en el frasco invertido. Esto sucede porque cuando la vela está prendida, calienta el aire dentro del frasco, y el aire se expande. Después que se acaba el oxígeno dentro del frasco, la vela se apaga. El aire entonces se enfría a medida que pierde el calor en el frasco y el agua; el aire frío se contrae hasta que deja de llenar el espacio dentro del frasco. La presión del aire dentro del mismo es menor que en el exterior, de manera que la presión atmosférica externa empuja el agua hacia la parte superior del frasco.

Dado que el aire es aproximadamente una quinta parte de oxígeno, la gente tiene la tendencia a creer que el agua que se encuentra en el frasco está reemplazando el oxígeno que se usó. En realidad, el dióxido de carbono y el vapor del agua se forman cuando el oxígeno se acaba, de manera que estos gases ocupan el espacio que usaba el oxígeno.

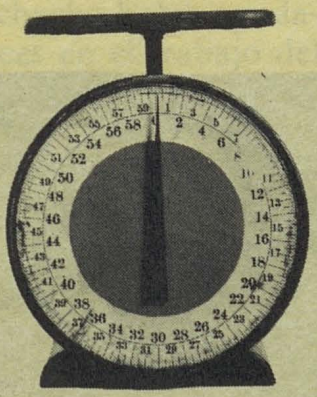


A medida que la vela prendida calienta el aire dentro del frasco, fíjate si se forman burbujas en el agua alrededor del mismo.

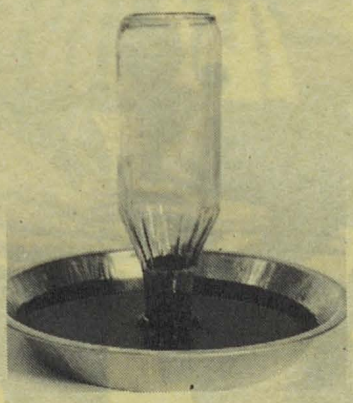


Si en esta actividad se utilizaran tres tamaños diferentes de frascos, ¿se elevaría en cada uno la misma cantidad de agua?

¿Qué es lo que no tiene peso, ni anchura, longitud ni espesor, pero que se puede medir con exactitud?



El tiempo



Si un astronauta tratara de sentarse sobre una tachuela mientras se encontrara en órbita, dicha tachuela, la cual ha perdido el peso, no podría punzar al astronauta, que también ha perdido su peso.



EL BUEN VECINO

por Anobel Armour

Ilustrado por Dick Brown

El pequeño arrozal no era mucho mayor que el acolchado que cubría la cama de Sok-tae, pero de todos modos, era muy importante. El muchacho se enrolló las perneras de los pantalones y las mangas de la blusa y tomando en una mano un puñado de plantitas de arroz, con la otra mano las iba plantando a través del agua, en el barro del fondo.

Las manos de Sok-tae trabajaban rítmicamente y con rapidez, como si lo hicieran al compás de un tambor. De pronto, interrumpió su labor para poner atención a las notas de una flauta; se puso de pie de un salto, y comenzó a escudriñar el valle.



—¡Un desfile! ¡Un desfile! —gritó entusiasmado.

Luego saltó fuera del arrozal, corrió a través del patio por el sendero de guijarros y, pasando junto al peral, salió a la calle. Tenía los pies y las manos manchados de lodo, y el agua que le goteaba del cuerpo iba dejando una huella en los guijarros.

—¡Espérenme! —gritó.

Y se fue brincando tras la colorida procesión. Continuó detrás del desfile, que primero recorrió uná calle y luego siguió por otra. El muchacho no volvió a recordar su pequeño arrozal hasta que el desfile llegó a su fin. Entonces, aunque había saltado detrás de la gente con incansable entusiasmo, en el regreso a su casa caminaba arrastrando los pies pesadamente. *¿Qué me va a decir mamá cuando llegue?*, se lamentaba.

Su madre se encontraba de pie en el angosto porche con su hermanita, que estaba a la expectativa para ver qué pasaba.

—Las tiernas raíces de las plantitas de arroz se han secado bajo el sol —le dijo ésta severamente—. Están completamente perdidas. ¡Y pensar cuánto dependemos de ese arrozal para nuestra alimentación! —Mirándolo tristemente a los ojos, agregó: —Y yo confié en ti, hijo mío . . .

Sok-tae comprendía lo egoísta que había sido y el gran daño que había hecho a su familia; pero no sabía cómo reparar el mal. Su madre había confiando en él, y él había sido indigno de aquella confianza. *¡Padre Celestial, ayúdame!, suplicó* en silencio inclinando la cabeza.

Los dos niños y su madre permanecieron largo tiempo sentados en el porche, sin pronunciar palabra. Sok-tae no tenía valor para ir hasta el arrozal y contemplar las plantas echadas a perder.

De pronto, en el portón de entrada apareció una de sus vecinas, a quien el muchacho había ayudado muchas veces en el trabajo del jardín; Sok-tae le sonrió, aunque por dentro tenía ganas de llorar.

—Sok-tae —le dijo ella—, quisiera que plantaras mi arrozal. El muchacho que lo plantó el año pasado no puede venir ahora. ¿Podrías hacerlo? Tengo el dinero ahorrado y te pagaré bien por el trabajo.

una mueca afectuosa al muchacho.

—¿Quién te ha enseñado a ser tan buen vecino? —le preguntó.

—En la Primaria aprendemos que debemos querer y servir a los demás —respondió él.

—¡Ah! Me gustaría saber otras cosas que te enseñen en ese lugar que llamas "Primaria" —le dijo ella.

—Con mucho gusto le explicaré todo —prometió Sok-tae.

Se despidieron sonrientes y, cargando con su tesoro de plantitas, el niño se apresuró a regresar a su casa para plantarlas. *Mi amiga quiere que le hable de la Iglesia,* pensaba, *y tal vez le interese y permita que los misioneros vengan a enseñarle.*

Pensando en esto se sentía tan feliz, ¡que ni siquiera recordaba que existían los desfiles!



Ni corto ni perezoso, el niño siguió a la vecina hasta su casa. *Ahora tendré dinero para comprar más plantas para nuestro arrozal,* pensaba. *Mamá no tendrá que preocuparse por nuestra alimentación.*

El arrozal de la vecina era casi tan pequeño como el de su familia. Sok-tae llevó las plantitas y, en la misma forma en que había comenzado a hacerlo en su terreno, empezó a plantarlas con movimientos seguros y rítmicos.

Al cabo de un largo rato, levantó la cabeza y salió del arrozal. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro al contemplar el trabajo que había hecho. Al volver a la casa de la vecina, le dijo:

—Puse las plantas bastante cerca unas de las otras; pero todavía sobraron muchas. ¿Qué desea que haga con ellas?

—Puedes llevártelas, si quieres —le respondió la señora—. De todas maneras se secarán si las dejas aquí.

A Sok-tae le pareció que el corazón le saltaba en el pecho mientras le daba las gracias a la vecina. Para entonces, ella había llevado un pañuelo de seda y desatándolo, había sacado de él unas monedas.

—Acá tienes el pago por tus servicios —le dijo.

—¡Ah! —exclamó el niño— Pero no puedo aceptar el dinero, y llevarme también las plantas.

Pero la señora insistió, tratando de obligarlo a tomar el dinero.

—Yo te prometí que te pagaría por tu trabajo. Las plantas te las doy porque me sobran, pero el dinero te lo has ganado.

Sok-tae hundió la cabeza en el pecho, mientras sentía que un intenso calor le subía por las mejillas.

—Yo me fui a ver el desfile y dejé que nuestras plantitas se secaran al sol —murmuró. Luego, levantando la cabeza, agregó: —Con el dinero que ganara pensaba comprar más plantas, pero como usted me las regala no tendré que hacerlo. Si acepto el dinero y también las plantas, sería como aceptar doble pago por lo que hice.

La mujer sonrió, volvió a poner las monedas en el pañuelo y lo ató cuidadosamente; después le hizo

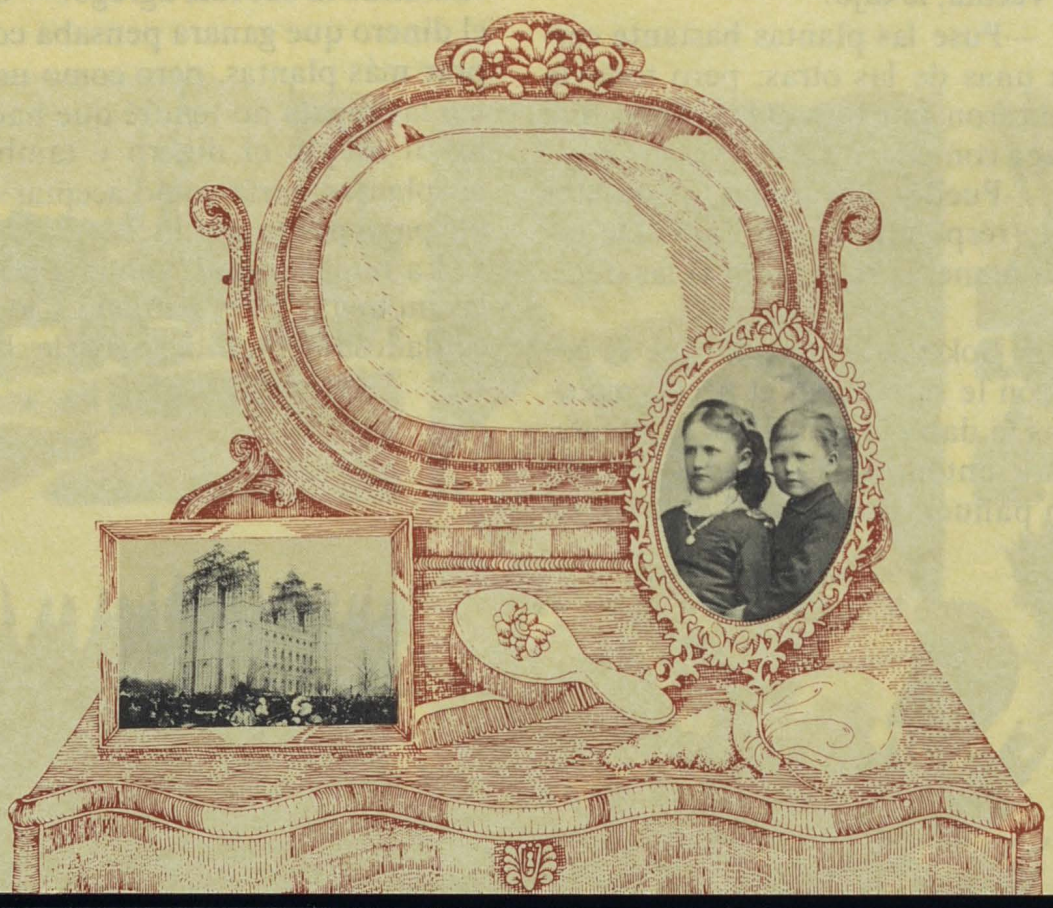
Serrín del templo

por Gertrude M. Richards

Ilustrado por Shauna Mooney

—¡Rosie!— exclamó mamá— es hora de que tú y Heman le llevéis de comer a vuestro padre.

No era necesario que nos lo dijera dos veces, ya que éste era uno de los mandados que nos encantaba hacer.



Mamá llenó un plato con comida caliente, lo cubrió para que no se enfriara, lo envolvió cuidadosamente en una servilleta grande, y lo colocó en la canasta; luego nos la entregó y nos dio instrucciones finales:

—Llevadlo con cuidado, no juguéis en el camino y regresad a casa tan pronto como papá haya comido.

La distancia desde nuestra casa hasta la manzana del templo de Salt Lake donde papá trabajaba como grabador de piedras, era como de diez cuadras; pero a nosotros no nos parecía que era demasiado lejos, porque anticipábamos nuestra diversión mientras papá comiera. Era interesante observar las enormes rocas de granito que traían desde la cantera de las montañas, en carretas tiradas por bueyes. Mientras éstas eran descargadas, los animales permanecían pacientemente quietos, espantándose las moscas con la cola. Después que las ásperas rocas eran labradas y pulidas hasta lograr el tamaño y forma deseados, las colocaban en forma inclinada en hileras que semejaban dominós, dejando que las ásperas orillas sobresalieran como los dientes de un serrucho. Nos encantaba correr descalzos sobre aquellas enormes piedras; los zapatos los dejábamos para los domingos y para ir a la escuela.

Algunas veces observábamos a los diestros trabajadores mientras grababan en ciertas piedras los diseños de sol, luna y estrellas. Cada uno sostenía con la mano izquierda un pequeño cincel de metal, y un martillo de madera en la derecha, golpeando levemente a fin de no quebrar mucha piedra y arruinar el diseño.

Ese día papá tenía una sorpresa especial para nosotros:

—Los hombres que están construyendo la escalera de caracol —había una en cada esquina del edificio— dicen que podéis subir hasta donde está terminada; pero tenéis que estar muy callados, porque ésta es la Casa del Señor.

Tomé a Heman de la mano, y juntos ascendimos los enormes peldaños de piedra; era tan alta, que el esfuerzo nos dejó casi sin respiración; fue mucho más fácil el descenso. Luego papá nos llevó al taller de carpintería donde se cortaba toda la madera para el edificio. Sobre el piso había un montón de serrín limpio y papá nos dijo que el encargado le había dicho que si queríamos, podíamos llevar un poco de ese serrín a casa para que mamá pudiera enseñarnos a hacer un alfiletero.

—Algún día será algo muy especial tener un alfiletero hecho con serrín del templo —dijo papá.

Entusiasmados llenamos la canasta con el limpio polvo de la madera y nos apresuramos a irnos; pero al llegar a casa mamá no disponía de tiempo para ayudarnos a hacer un alfiletero; estaba tratando de terminar de lavar y planchar la ropa de la hermana Young, nuestra vecina, y nuestro bebé se encontraba inquieto. Mecí al niño hasta que se durmió; y luego le ayudé a mamá a preparar la cena.

En la noche, después que terminamos de lavar y guardar los platos, mamá encontró un pedazo de tela fuerte y durable en la cual dibujó una hoja de higuera. Me mostró la forma de bordar las líneas verdes que simulaban las venas (nervios) y a marcar la orilla con una puntada especial. Por la parte de atrás cosimos un pedazo de tela que contrastaba, dejando un orificio cerca de la parte superior para poder rellenarlo con serrín; después cerramos dicha apertura para que no se saliera ni una partícula de su valio-

so relleno. Cuando terminamos el alfiletero se lo mostré orgullosamente a papá para que diera su aprobación y luego lo colocamos sobre la cómoda de mi madre junto con mis otros tesoros especiales.

Un tiempo más tarde mamá tuvo que ir a Idaho para ayudar en el nacimiento de un nuevo nieto, dejándome encargada de la cocina y el quehacer doméstico. Heman le ayudaba a papá con las tareas de afuera, mientras que nuestras hermanitas Aggie y Birdie jugaban bajo los árboles. Una mañana noté cuán acabado y descolorido estaba el vestido de Birdie, y le pedí a papá veinticinco centavos para comprar material y hacerle uno nuevo. En la tienda compré un retazo de un hermoso céfiro de color rosa. Colocándolo sobre el piso y utilizando los alfileres del alfiletero hecho con el serrín del templo, puse encima uno de los viejos vestidos de Birdie, luego corté alrededor del mismo con mucho cuidado, y cosí las piezas. Birdie lucía tan hermosa como una rosa cuando papá volvió del trabajo era noche.

Cuando crecí, encontré trabajo en una fábrica de ropa, y aprendí a confeccionar ropa para mí misma, mi madre y mis hermanitas. Poco después, mi novio me propuso matrimonio. Un día, mientras admiraba aquel alfiletero especial, supe que deseaba casarme en el templo; pero después de estar casi cuarenta años en construcción, el edificio aún no estaba terminado, de manera que mi futuro suegro resolvió el problema regalándonos los boletos de ferrocarril para ir a la ciudad de Logan. En un hermoso día de junio, nos casamos en el Templo de Logan por esta vida y toda la eternidad.

El alfiletero lleno de serrín del templo viajó con nosotros a nuestro hogar en Salt Lake City; nos acompañó en dondequiera que vivimos; y ha sido un recordatorio para cada uno de nuestros ocho hijos de que el templo es un lugar sagrado e importante. Papá tenía razón; ha sido verdaderamente algo muy especial tener un alfiletero lleno con serrín del templo.

La forma en que los demás me traten, dependerá del estado mental en que me presente delante de ellos . . .

Si pienso que los demás son superiores a mí, me tratarán con arrogancia.

Si tengo confianza en mí mismo, despertaré confianza en los que me rodean.

Si me siento rebajado, otros me pisotearán.

Si me muestro malhumorado y mordaz, me atacarán.

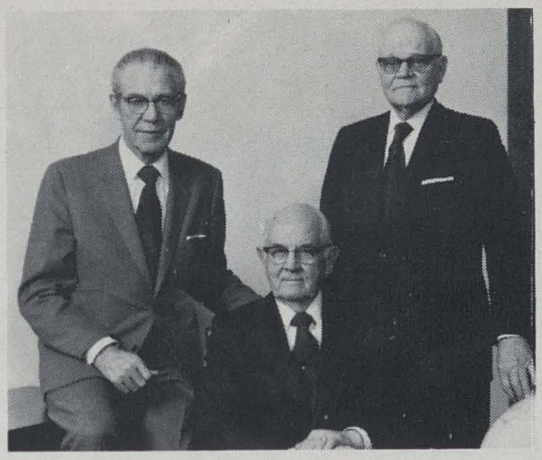
Si soy amable y cortés, recibiré amabilidad y cortesía.

Si me han dejado solo, es porque yo he alejado a los demás.

Yo soy el cosechador . . . y sé cuál será la cosecha, porque fui yo quien seleccionó y plantó las semillas.

Si me siento amargo por dentro, es porque dejé pasar las dulzuras de la vida.

Autor anónimo



Una bendición del presidente Kimball

por Norman Vincent Peale

Cuando os encontréis en dificultades, tratad de sentir la presencia del Señor por medio de la oración, de las buenas obras y del amor.

Yo tuve una dificultad con la cual tuve que enfrentarme durante dos o tres semanas. No es necesario entrar en detalles dado que es irrelevante, pero para mí supuso un real problema. Puse en práctica todo lo que he mencionado anteriormente y me siento agradecido al decir que tuve éxito en superarlo. De hecho, estas palabras son resultado de una experiencia personal.

Hace algún tiempo, me encontraba en Salt Lake City, Utah, y se me invitó a visitar las oficinas centrales de la Iglesia, donde fui recibido por el presidente Kimball y sus dos consejeros.

Aunque había conocido a los dos presidentes anteriores, nunca había tenido la oportunidad de encontrarme con el presidente Kimball, quien ha sufrido muchas dificultades físicas, que ha superado. Me reuní con esos hombres de Dios, con quienes mantuve una placentera conversación y finalmente, en la despedida, y debido a que sentí que la reunión era profundamente espiritual, le pregunté al Presidente: "Presidente Kimball, ¿podría darme una bendición?" El me respondió: "¿Quiere usted decir, que desea que le dé una bendición como las que doy a nuestros miembros?" "Sí", le respondí.

Se situó entonces detrás de mí con sus dos consejeros y poniéndome las manos sobre la cabeza, después de decir mi nombre, oró por mí con su tranquilo, sincero y amable modo. Pidió al Señor que estuviera cerca de mí, que me amara, que cuidara de mí y me guiara. A medida que él oraba, comencé a sentirme emocionado y conmovido, y debido al maravilloso sentimiento que experimenté, después que terminó le dije: "Gracias. He sentido la presencia del Señor aquí".

Luego nos despedimos, y me sumí en el esplendor de aquella mañana; al caminar por las calles, sentí que había desaparecido el pesar que me agobiaba, percibí la respuesta que ansiaba, y me sentí victorioso. Había llamado al Señor y El me había respondido: "Aquí estoy".

Este artículo se publica con permiso del autor.

